



Asamblea General

PROVISIONAL

A/41/PV.62
11 noviembre 1986

ESPAÑOL

Cuadragésimo primer período de sesiones

ASAMBLEA GENERAL

ACTA TAQUIGRAFICA PROVISIONAL DE LA 62a. SESION

Celebrada en la Sede, Nueva York,
el viernes 7 de noviembre de 1986, a las 15.00 horas

Presidente: Sr. AL-ANSI (Omán)
(Vicepresidente)

más tarde: Sr. DOS SANTOS (Mozambique)
(Vicepresidente)

- Política de apartheid del Gobierno de Sudáfrica [33] (continuación):
- a) Informe del Comité Especial contra el Apartheid
 - b) Informes del Secretario General
 - c) Informe de la Comisión Política Especial
 - d) Proyectos de resolución

Este documento contiene la versión taquigráfica de los discursos pronunciados en español y de la interpretación de los demás discursos. El texto definitivo será reproducido en los Documentos Oficiales de la Asamblea General.

Las correcciones deben referirse solamente a los discursos originales y se enviarán firmadas por un miembro de la delegación interesada, e incorporadas en un ejemplar del acta, dentro del plazo de una semana, a la Jefa de la Sección de Edición de los Documentos Oficiales, Departamento de Servicios de Conferencias, 2 United Nations Plaza, oficina DC2-0750.

Se abre la sesión a las 15.10 horas.

TEMA 33 DEL PROGRAMA (continuación)

POLITICA DE APARTHEID DEL GOBIERNO DE SUDAFRICA:

- a) INFORME DEL COMITE ESPECIAL CONTRA EL APARTHEID (A/41/22 y Add.1 y Add.1/Corr.1);
- b) INFORME DEL SECRETARIO GENERAL (A/41/506 y Add.1 a 3, A/41/638, A/41/690);
- c) INFORME DE LA COMISION POLITICA ESPECIAL (A/41/779);
- d) PROYECTOS DE RESOLUCION (A/41/L.24, A/41/L.25 y Corr.1, A/41/L.26 y Corr.1, A/41/L.27 a A/41/L.31)

Sr. CESAR (Checoslovaquia) (interpretación del ruso): Ante todo, permítaseme felicitar a los representantes de la delegación soviética con motivo del sexagésimo noveno aniversario de la Gran Revolución Socialista de Octubre, día de fiesta para toda la humanidad progresista. Bajo la influencia de la Gran Revolución de Octubre cobró poderoso impulso y dio un importante paso hacia adelante la lucha de liberación nacional, un acontecimiento que condujo al colapso del sistema imperialista. Desgraciadamente, quedan todavía en nuestros días algunos vestigios de ese sistema.

El año pasado no se logró progreso alguno respecto del grave problema que prevalece en la parte meridional de Africa y especialmente en la racista Sudáfrica. Por consiguiente, una vez más tenemos que discutir en la Asamblea General uno de los vestigios más inhumanos del pasado colonial, a saber, la política de apartheid del Gobierno de Sudáfrica.

Los acontecimientos en ese país han demostrado que el régimen del apartheid está enfrentando una seria crisis para la cual no puede encontrar solución. La población negra autóctona de Sudáfrica está sujeta cada vez más a una mayor represión y explotación y sus condiciones de vida van deteriorándose continuamente. No obstante, quienes se oponen al inhumano sistema del apartheid siguen intensificando su oposición. El régimen de Pretoria ha estado tratando de aferrarse a su existencia por todos los medios posibles a pesar de las protestas contra su crueldad.

En junio y julio de este año Sudáfrica declaró una vez más el estado de emergencia en el país. De acuerdo con la información oficial, como consecuencia de la represión desatada, aproximadamente 350 africanos perdieron la vida y unos 3.000 desaparecieron, aunque esta cifra podría llegar en realidad a 12.000. Las mujeres y niños que participaron en manifestaciones pacíficas fueron víctimas de esa represión.

Al mismo tiempo que llevó a cabo esa represión, el régimen racista trató de mejorar su imagen ante la comunidad internacional mediante el establecimiento de bantustanes. Por consiguiente, Pretoria no ha abandonado su política racista. Por el contrario, ha creado nuevas divisiones territoriales en sus designios de dividir a la población creando distinciones artificiales entre los miembros de la población africana autóctona. La introducción de las reformas constitucionales del año pasado no ha afectado la esencia del inhumano régimen del apartheid. Pretoria no podrá seguir engañando a la población africana ni a la comunidad internacional mediante el establecimiento de un pretendido órgano consultivo por medio del cual la población africana podría supuestamente participar en el manejo del país. La ilustración más elocuente del carácter auténtico de ese órgano es el hecho de que incluye a colaboracionistas, entre ellos al mismo Presidente Botha.

Nadie puede engañarse con las medidas adoptadas recientemente por el Gobierno sudafricano bajo la presión de los opositores al apartheid dentro del propio país y en todo el mundo con el fin de eliminar las manifestaciones más flagrantes del despreciable apartheid. Toda persona realista y sensata considera que esas medidas no son más que un intento para ganar tiempo y preservar lo que todavía pueda salvarse. Por supuesto, tales intentos no serán fructíferos porque las reformas que se elaboran no han de afectar la esencia de ese odioso sistema de segregación racial.

La evolución de los acontecimientos ha forzado al régimen racista a evaluar la oposición cada vez mayor al apartheid en la propia Sudáfrica y en el resto del mundo, por una parte, y la resistencia de las fuerzas más reaccionarias de la sociedad sudafricana, por la otra. Estas fuerzas han rechazado hasta las más ligeras modificaciones en pro de la democratización. Nos preocupan fundamentalmente las intenciones de los círculos industriales y militares de Sudáfrica, así como de diversos grupos y organizaciones políticas de corte fascista.

En el lapso transcurrido desde el último período de sesiones de la Asamblea General hemos presenciado una mayor intensificación de la política agresiva de desestabilización que Sudáfrica persigue contra los países vecinos. Los racistas sudafricanos han llevado a cabo actos de agresión y atacado las capitales de Botswana, Zambia y Zimbabwe. Las fuerzas sudafricanas han cometido permanentemente agresiones contra la República Popular de Angola. En agosto de este año cuatro batallones de las fuerzas sudafricanas, con artillería y tanques, atacaron la capital de la provincia de Cuando-Cubango, Unito Cunovale, en el interior del territorio de Angola. Además, Sudáfrica ha dado apoyo directo a los contrarrevolucionarios de la UNITA y a los llamados rebeldes de Mozambique.

En conferencias internacionales celebradas bajo el auspicio de las Naciones Unidas, tales como las de París y Viena, se puso de manifiesto que la política del régimen sudafricano encuentra una creciente oposición en la opinión pública mundial. Hemos escuchado asimismo voces de protesta en la última reunión de la Organización de la Unidad Africana (OUA), así como las expresiones vertidas en la última reunión a nivel ministerial del Commonwealth. El documento final de la Conferencia de Jefes de Estado o de Gobierno del Movimiento de los Países No Alineados, celebrada en Harare, por ejemplo, no sólo condenó a los dirigentes de Pretoria sino que formuló asimismo con toda claridad el requerimiento de que la comunidad internacional tome medidas eficaces que conduzcan a la eliminación final del régimen del apartheid en Sudáfrica.

Resulta comprensible en nuestros días que Pretoria no podría seguir empeñada en su política de apartheid, burlándose de los derechos de la mayoría abrumadora de la población sudafricana, si no fuera por la amplia asistencia que le brindan los Estados Unidos y también algunos otros países occidentales e Israel. Esos Estados se oponen a menudo de palabra a la política de apartheid, pero en los hechos son sus protectores. Prefieren la explotación de los recursos naturales del país y la mano de obra barata, así como la protección de sus intereses políticos y militares a los intereses de la población autóctona de Sudáfrica.

Otro motivo de grave preocupación es la cooperación de los países occidentales e Israel con los racistas sudafricanos en la esfera militar, incluida la nuclear. Sudáfrica, bastión del imperialismo internacional, tiene hoy la posibilidad de fabricar armas nucleares, lo cual representa una grave amenaza para los movimientos de liberación nacional del continente africano y para la paz y la seguridad internacionales.

No cabe duda alguna de que el único idioma que entienden los racistas sudafricanos es la aplicación efectiva de sanciones adoptadas por las Naciones Unidas, que deberían complementarse con otras medidas más eficaces dispuestas por el Consejo de Seguridad. Si se impusieran sanciones obligatorias, si no hubiera suministro de petróleo a Sudáfrica, si ese país no recibiera inversiones extranjeras, el régimen de Pretoria no podría sobrevivir largo tiempo, ni podría continuar su ocupación ilegal de Namibia. Por lo tanto, rechazamos la posición adoptada por los Estados Unidos, el Reino Unido y algunos otros Estados occidentales que se oponen a que nuestra Organización aplique sanciones obligatorias y globales. Pedimos resueltamente la adopción de medidas estrictas contra el régimen sudafricano. Rechazamos el argumento de que la imposición por la comunidad internacional de sanciones internacionales redundaría en perjuicio de la población autóctona sudafricana. Desde luego, se trata de un argumento falaz, como todos saben. En la actualidad, el pueblo es víctima del terror y de malos tratos; y en esas condiciones, realmente no tiene nada que perder. Por el contrario, si se diera un golpe económico decisivo al régimen sudafricano, con la ayuda de nuestra Organización, la población autóctona tendría una verdadera oportunidad de ejercer su derecho inalienable a un desarrollo libre, independiente y democrático en su país.

Checoslovaquia siempre ha asumido una posición de principio indeclinable en lo que se refiere a la lucha contra el apartheid de Sudáfrica. De ahí que practique siempre una política de boicot contra Sudáfrica. En 1963, nuestro país interrumpió sus relaciones diplomáticas, económicas, culturales y de todo otro tipo con el régimen sudafricano. Condenamos enérgicamente el terror sanguinario que se ha desencadenado contra los africanos desde que se estableciera nuevamente el estado de emergencia. Del mismo modo, condenamos los actos de agresión cometidos por Sudáfrica contra Estados vecinos independientes, así como su continua ocupación ilegal de Namibia. Apoyamos cualquier medida o acción que tenga por objeto eliminar el apartheid. Pedimos la liberación incondicional de todos los presos

políticos, incluido Nelson Mandela, líder del Congreso Nacional Africano. Checoslovaquia expresa su solidaridad incommovible con los pueblos de Sudáfrica y Namibia y con sus movimientos de liberación nacional, al frente de los cuales se encuentran el Congreso Nacional Africano y la Organización Popular del Africa Sudoccidental (SWAPO). Esas organizaciones, a la vanguardia de la lucha de las masas oprimidas de Sudáfrica, deben continuar recibiendo asistencia y apoyo material, moral y diplomático hasta que se alcance la victoria final contra las fuerzas de la reacción y el apartheid.

Sr. LI Luye (China) (interpretación del chino): La pronta terminación de la política de apartheid que practican las autoridades sudafricanas y la completa erradicación de ese bárbaro sistema que ofende la dignidad humana, son las exigencias más firmes que presentan todos los pueblos del mundo, y a la vez la tarea más apremiante que enfrenta la comunidad internacional. Los pueblos del mundo, verdaderamente indignados, condenan este crimen de lesa humanidad, y todos los países amantes de la justicia, empeñados en poner fin al sistema de apartheid de Sudáfrica, han tomado medidas para lograr este objetivo. Hoy resulta imperioso que la comunidad internacional coordine aún más su acción para ejercer una presión política y económica mucho mayor sobre las autoridades sudafricanas mediante sanciones permanentes y eficaces, a fin de obligarlas a abandonar lo antes posible el sistema de apartheid y la política de agresión, permitiendo así que el pueblo de Sudáfrica disfrute de sus derechos humanos fundamentales, Namibia obtenga la independencia y los países del Africa meridional vivan en paz y tranquilidad.

El pueblo de Sudáfrica ha persistido en su lucha durante años, desafiando la represión brutal, con el objeto de erradicar definitivamente el perverso sistema de apartheid y reemplazarlo por una sociedad basada en la democracia y en la igualdad racial.

En los últimos años, el movimiento popular contra el racismo en que está empeñado el pueblo sudafricano ha alcanzado mayores dimensiones. No temiendo derramar su sangre ni perder la vida, los sudafricanos han protestado en diversas formas contra la represión sanguinaria que llevan a cabo las autoridades y han extendido su lucha de las ciudades y aldeas a los distritos rurales y a los territorios patrios de los negros. En Sudáfrica, además de las huelgas de los trabajadores, que son frecuentes y en gran escala, participan en la lucha cada vez más intelectuales, religiosos y comerciantes, así como blancos y personas de color,

que combaten codo a codo con sus hermanos negros. El Congreso Nacional Africano (ANC), el Congreso Panafricanista de Azania (PAC) y otras organizaciones de masas sudafricanas van adquiriendo mayor fuerza en el curso de la lucha y están desempeñando un papel cada vez más importante en la tarea de unir y organizar al pueblo. La lucha del pueblo sudafricano contra el apartheid ha cobrado dimensiones sin precedentes en los últimos años, tanto por su amplitud como por el alcance de los sectores sociales que participan y por su vitalidad. En realidad, esa lucha ha entrado en una nueva etapa y cada vez se golpea con más fuerza al sistema reaccionario y sombrío del racismo. Queremos rendir aquí nuestro homenaje respetuoso al pueblo militante y heroico de Sudáfrica.

La lucha contra el apartheid ha rebasado las fronteras nacionales y regionales y se ha convertido en un gran movimiento de proporciones globales. Las protestas contra la norma opresiva de las autoridades sudafricanas y las exigencias de sanciones contra el régimen racista son los clamores de los pueblos africanos y de todo el mundo, así como de todos los países amantes de la justicia. La Asamblea General y el Consejo de Seguridad han adoptado resoluciones en numerosas oportunidades a fin de pedir que la comunidad internacional aplique sanciones a Sudáfrica. La Conferencia Mundial sobre Sanciones contra la Sudáfrica Racista, la 22a. Conferencia Cumbre de la Organización de la Unidad Africana y la Octava Conferencia Cumbre del Movimiento de los Países No Alineados, que se celebraron este año, pidieron enérgicamente que se impusieran sanciones estrictas contra las autoridades africanas. Muchos países occidentales también han adoptado ciertas medidas punitivas, en forma individual o colectiva. La ola de protestas y el boicot contra el régimen racista de Sudáfrica se está extendiendo por todo el mundo. Quiero referirme aquí al Comité Especial contra el Apartheid, que ha realizado una gran labor con la dirección de su Presidente el Embajador Garba, para movilizar el apoyo internacional a la lucha del pueblo sudafricano. Deseamos expresar nuestro reconocimiento por sus esfuerzos.

Si bien las autoridades africanas se encuentran al final de un aislamiento sin precedentes, el Gobierno racista persiste en su comportamiento perverso y su contumacia. En años recientes el régimen de Botha no sólo trató de solidificar el apartheid a través de todo tipo de medidas, mientras continuaba llevando a cabo la política de los "territorios patrios negros" sino que también frecuentemente envió gran número de fuerzas militares y policiales para reprimir de manera sangrienta los movimientos de protesta del pueblo sudafricano. De acuerdo con el estado de emergencia en todo el país, declarado en junio pasado, las fuerzas militares y policiales sudafricanas dispusieron de un poder ilimitado para arrestar y detener personas a su voluntad.

De acuerdo con cifras sumamente recortadas, proporcionadas por las autoridades sudafricanas, desde junio pasado más de 20.000 personas han sido arrestadas y detenidas, y la matanza de personas inocentes se ha transformado en casi diaria. El hermoso y ricamente dotado país de Sudáfrica se ha vuelto un infierno en la tierra. Los actos criminales cometidos por el régimen de Botha han expuesto plenamente como una falacia política las supuestas "reforma", "diálogo" y "poder compartido con el pueblo negro" que pone en juego el régimen.

La ocupación permanente de Namibia y los actos para desestabilizar a los países vecinos son una extensión de la política de apartheid desarrollada por las autoridades sudafricanas. Al demorar de mil y una maneras la aplicación de la resolución 435 (1978) del Consejo de Seguridad, las autoridades sudafricanas están tratando de perpetuar su ocupación ilegal de Namibia. Al propio tiempo, están llevando a cabo una tarea de subversión política, de desastre económico y de invasión militar contra los países vecinos, en abierto desafío de la Carta de las Naciones Unidas y de las normas que regulan las relaciones internacionales. Este año se han comprobado reiteradas incursiones sudafricanas en Angola, Botswana, Zambia y Zimbabwe. Sus tropas todavía ocupan ciertos sectores del territorio angoleño en la parte meridional. Recientemente han reiterado sus amenazas contra Mozambique, Zimbabwe y Zambia. La causa primigenia de la turbulencia en el Africa meridional, pues, radica en la política racista de las autoridades sudafricanas.

Las autoridades sudafricanas persisten en su política de apartheid y de opresión, que es inseparable de la actitud indulgente, permisiva y de apoyo que realizan ciertas fuerzas internacionales. Los acontecimientos de los últimos años han dado al pueblo un panorama claro de la llamada participación constructiva y de cómo no ha desempeñado ningún papel constructivo; en los hechos, sólo ha acrecentado la arrogancia de las autoridades sudafricanas.

Sugerimos que para ejercer una mayor presión sobre el régimen racista sudafricano y establecer nuestra más firme solidaridad con el pueblo del Africa meridional, sugerimos que la Asamblea General adopte las siguientes medidas, de manera resuelta. En primer término, condenar de manera categórica a las autoridades sudafricanas por su política de apartheid y su represión brutal del pueblo sudafricano, y condenar enérgicamente a las autoridades sudafricanas por su permanente ocupación ilegal de Namibia y su invasión armada, su subversión política y el desastre económico que provoca en los países vecinos. En segundo término, debe exigirse a las autoridades africanas que inmediatamente pongan en libertad al Sr. Nelson Mandela y a los demás dirigentes negros. En tercer término, debería instarse al Consejo de Seguridad a que adopte sanciones eficaces contra Sudáfrica, en acatamiento de las disposiciones pertinentes de la Carta de las Naciones Unidas y exhorte a todos los países que impongan más sanciones contra Sudáfrica, ya sea individual o colectivamente. En cuarto lugar, debería exhortarse al estricto cumplimiento por todos los países de la resolución del Consejo de Seguridad sobre embargo de armas contra Sudáfrica. En quinto término, debería exhortarse a todos los países a prestar apoyo material y moral al pueblo sudafricano, al pueblo namibiano y a los pueblos de los Estados africanos de la línea del frente.

El Gobierno y el pueblo chinos, como siempre, apoyarán de manera resuelta al pueblo sudafricano en su lucha contra la discriminación racial, al pueblo namibiano en su combate por la independencia, y a los Estados de la línea del frente en su lucha para salvaguardar la soberanía y la integridad territorial. Les proporcionaremos ayuda, en la medida de nuestras posibilidades. Junto con los países y pueblos africanos, y todos los países y pueblos amantes de la justicia en el mundo, contribuiremos con nuestra cuota a la eliminación del régimen racista en Sudáfrica.

Sr. KIKUCHI (Japón) (interpretación del inglés): Hace apenas dos días una importante delegación de Ministros de Relaciones Exteriores de los países no alineados, presidida por Su Excelencia el Sr. Witness Mangwengde de Zimbabwe, y que incluía a nuestro colega, Su Excelencia el Sr. Mudenge, Representante Permanente de Zimbabwe, visitó mi país y llevó a cabo profundas discusiones de largo alcance con

el Primer Ministro Nakasone y el Ministro de Relaciones Exteriores, Sr. Kuranari. La delegación del Movimiento de los Países No Alineados recalcó la importancia del papel del Japón en el empeño mundial por erradicar el sistema del apartheid.

El Primer Ministro Nakasone declaró que él también consideraba al apartheid una cuestión clave de índole moral que enfrentaba la humanidad contemporánea, y reiteró la oposición firme del Japón a esta práctica aborrecible. La delegación de los países no alineados celebró, entonces, discusiones con el Ministro de Relaciones Exteriores Sr. Kuranari sobre las medidas a adoptar para obligar al régimen minoritario blanco de Sudáfrica a abolir su política racista. El Ministro de Relaciones Exteriores Sr. Kuranari les aseguró que el Japón estaba firmemente dispuesto a actuar en concierto con la comunidad internacional para continuar ejerciendo presión firme sobre Pretoria.

Me complace informar a la Asamblea que desde el punto de vista del Japón, la misión de los Ministros de Relaciones Exteriores del Movimiento de los Países No Alineados fue extremadamente valiosa y fructífera. Deseo expresar a los distinguidos miembros de la delegación la profunda gratitud de mi Gobierno y pueblo por sus esfuerzos para aumentar nuestra cooperación a fin de lograr nuestro objetivo común: la erradicación del apartheid.

Debemos coincidir con los oradores preopinantes en cuanto a que la situación en y en torno a Sudáfrica ha empeorado considerablemente desde la última vez que consideramos esta importante cuestión.

Se recordará que Pretoria prefirió socavar los esfuerzos del Grupo de Personalidades Eminentes, compuesto por representantes del Commonwealth, iniciando ataques militares contra los Estados vecinos de Botswana, Zambia y Zimbabwe, precisamente cuando el Grupo se reunía con los dirigentes del régimen minoritario blanco sudafricano.

En segundo lugar, ante el aumento de las protestas de la mayoría negra, Sudáfrica acrecentó sus medidas represivas. Su reimposición del estado de emergencia, en junio pasado, reavivó las llamas de la violencia en todo el país. El año pasado el número de bajas aumentó de manera trágica, y la detención arbitraria de sus opositores políticos aumentó enormemente la población de las prisiones sudafricanas. Con el objetivo de ocultar los hechos ante la opinión de la comunidad internacional, el régimen ha impuesto la censura a las actividades de la prensa.

En tercer lugar, además de las incursiones militares contra los Estados vecinos, a los cuales me acabo de referir, Pretoria también los ha hostigado imponiéndoles las llamadas contra-sanciones.

Estos acontecimientos deplorables parecen indicar que los dirigentes de la minoría blanca de Pretoria siguen negándose a reconocer el meollo del problema: es su repugnante política de apartheid lo que constituye la fuente de los disturbios entre la mayoría negra; es el apartheid lo que invita a la enemistad de los vecinos de Pretoria y a la censura contundente de la comunidad internacional.

El camino de la agresión, de la represión y del chantaje, que Pretoria parece determinada a seguir, sólo habrá de llevar a un mayor deterioro de la situación, con mayor derramamiento de sangre y, a la postre, a una guerra civil abierta.

El Japón no va a la zaga de nadie en su oposición decidida al apartheid y exige que Pretoria tome medidas concretas y fundamentales para abolir por completo el apartheid y presente a la comunidad internacional un calendario creíble para dichas acciones.

El Japón exige que Pretoria libere incondicionalmente a Nelson Mandela y a todos los otros presos políticos, levante la proscripción de las organizaciones contra el apartheid tales como el Congreso Nacional Africano de Sudáfrica (ANC) y el Congreso Panafricanista de Azania (PAC) y entable un diálogo serio con éstos y otros dirigentes de movimientos de liberación y organizaciones, con miras a encontrar medios y procedimientos para erradicar el apartheid.

Debe levantar inmediatamente el estado de emergencia y dismantelar la estructura de los bantustanes. Deben cesar de inmediato las incursiones militares sudafricanas en Estados vecinos, así como su hostigamiento económico de dichos Estados. Namibia debe lograr su legítima independencia.

A la espera de tales acciones de la minoría blanca de Sudáfrica, el Japón no ve otra opción que la de matener la política y las medidas severas que ha venido tomando contra Pretoria.

Habremos de continuar sin relaciones diplomáticas con Sudáfrica, limitándolas sólo al nivel consular.

Continuaremos prohibiendo las inversiones directas de los nacionales japoneses, así como de las empresas o sus filiales de este país, en Sudáfrica, que es una política que hemos venido observando desde hace 20 años.

Seguiremos limitando estrictamente los intercambios deportivos, culturales y educativos con Sudáfrica.

Naturalmente, hemos de continuar la prohibición del comercio de armas y de toda cooperación en la esfera nuclear con Sudáfrica.

Como en el pasado, no se permitirá que los organismos encargados de aplicar el apartheid, tales como las fuerzas armadas y la policía, adquieran computadoras en Japón. Los krugerrand y otras monedas de oro no habrán de entrar en nuestro país.

En vista de la intransigencia de Pretoria y de la situación en deterioro de Sudáfrica, el 19 de septiembre el Japón anunció medidas adicionales. Como resultado de esto prohibimos, primero, la importación de hierro y acero de Sudáfrica; segundo, no acordamos visa de turista a los nacionales sudafricanos y desalentamos a nuestros ciudadanos de realizar viajes turísticos a ese país; tercero, confirmamos nuestra suspensión de todo vínculo aéreo con Sudáfrica, y cuarto, los funcionarios del Gobierno japonés tienen prohibido utilizar vuelos internacionales de la South African Airways.

Hemos observado que otras importantes naciones industrializadas, tales como las que forman la Comunidad Económica Europea y los Estados Unidos de América, también han tomado medidas adicionales contra Pretoria ante el deterioro actual de la situación. Asimismo, hemos tomado nota de que ha comenzado el éxodo de empresas extranjeras de ese atormentado país y que está en marcha una tendencia hacia la desinversión, que es lo que el Japón ha venido haciendo durante los últimos 20 años.

Nos esforzaremos por asegurar que estas medidas del Japón, de los Estados Unidos de América, de la Comunidad Europea y otros, se apliquen de manera concertada para garantizar la máxima eficacia. Continuaremos vigilando los acontecimientos en Sudáfrica y estamos dispuestos a incrementar nuestros esfuerzos hasta que llegue el momento en que verdaderamente cambie su conducta y tome medidas decisivas para abolir su sistema de discriminación racial institucionalizado.

El Japón sostiene la opinión de que, en las circunstancias actuales, las presiones económicas y políticas directas son absolutamente necesarias para enviar una clara señal política a Sudáfrica.

Hay otros aspectos del problema que no debemos pasar por alto:

Primero, no debemos olvidar las tribulaciones de los Estados vecinos de Sudáfrica, constantemente amenazados por las incursiones militares y el chantaje económico de Pretoria. Al reconocer que estos Estados están sufriendo dificultades económicas al paso que se deteriora la situación en Sudáfrica, el Japón se propone intensificar su cooperación económica y técnica con ellos, especialmente con los Estados de la línea del frente, con el objetivo de fortalecer su viabilidad y

resistencia económica. Al respecto, el Japón está dispuesto a enviar una misión de estudio a los Estados de la línea del frente para una posible cooperación económica futura. El Japón también se propone seguir intensificando su diálogo político con los dirigentes africanos negros, incluidos los dirigentes de los movimientos de liberación en Sudáfrica y Namibia. El Japón ha cursado una invitación al Sr. Oliver Tambo, Presidente del Congreso Nacional Africano de Sudáfrica, para que visite al Japón en la primavera próxima.

A este respecto, debo expresar nuestro profundo pesar por la pérdida de uno de los dirigentes más estimados de la región, el extinto Presidente Samora Machel, de Mozambique. Su visita a mi país en mayo pasado será recordada durante mucho tiempo por mis conciudadanos.

También deseo expresar nuestras felicitaciones sinceras y nuestros mejores deseos al Sr. Joaquim Chissano por su elección como nuevo Presidente de Mozambique; quien visitó el Japón dos veces durante su desempeño como Ministro de Relaciones Exteriores y ha contribuido al mejoramiento de las relaciones de amistad entre Mozambique y el Japón. Los dirigentes de mi país esperan seguir desarrollando los estrechos vínculos personales que se establecieron cuando visitó el Japón con el Presidente Machel.

Segundo, en espera del día en que se establezca por fin la verdadera democracia y se respeten los derechos humanos en Sudáfrica, el Japón está brindando asistencia para el desarrollo de los recursos humanos a fin de ayudar a preparar al pueblo negro sudafricano para que cumpla con eficacia sus responsabilidades en los esfuerzos de reconstrucción nacional. Hemos venido contribuyendo a fondos y programas humanitarios y educativos de las Naciones Unidas durante muchos años. En particular, dentro del Programa de las Naciones Unidas de Enseñanza y Capacitación para el Africa Meridional, este año hemos comenzado a invitar a estudiantes negros sudafricanos a estudiar en universidades e instituciones japonesas. Me complace informar que algunos de ellos han comenzado ya sus estudios en el Japón.

En septiembre pasado Zimbabwe albergó en la ciudad de Harare la exitosa Octava Conferencia de Jefes de Estado o de Gobierno de los Países No Alineados. Hace seis años esa valerosa nación, desgarrada por la lucha interna de más de un decenio, cuando la minoría blanca intentó en vano aferrarse al poder, obtuvo por fin su independencia legítima bajo el gobierno de la mayoría. Desde entonces, con el liderazgo esclarecido del Primer Ministro Mugabe, la mayoría negra y la minoría

blanca han trabajado codo a codo en el proceso de construcción nacional. Como resultado de ello, zimbabwe ha surgido como una de las naciones en desarrollo más prometedoras de la región.

No hay motivo alguno por el cual Sudáfrica no siga el sendero tomado por zimbabwe. Lo debe hacer antes de que sea demasiado tarde. Porque, por cierto, no hay otra opción. La única alternativa sería el caos total y el derramamiento de sangre en toda la población. Como todos sabemos, no hay testimonio más trágico de la inhumanidad del hombre para con el hombre que el derramamiento de sangre en la violencia, sea esta la sangre de negros o de blancos.

Sr. ALZAMORA (Perú): En 1986 se han producido actos sin precedentes en la lucha contra el apartheid, que bien podrían concebirse como el principio del fin de esta tragedia de nuestro tiempo. La comunidad internacional comenzó a cerrar filas en torno a este infortunio de nuestra civilización, al adoptar las primeras decisiones significativas dentro de una atmósfera crecientemente adversa a los defensores del nefasto sistema de exclusión que subsiste en el Africa meridional.

El carácter universal de las sanciones contra el régimen racista de Sudáfrica no es sino el reconocimiento de los pueblos de una responsabilidad compartida para acometer contra lo que las Naciones Unidas han calificado como "crimen contra la humanidad" y amenaza permanente a la paz y la seguridad internacionales.

Confiamos que estas sanciones se vigoricen para no dejar alternativa viable a la minoría racista. Sería el mejor homenaje que la Organización rinda a los ideales de nuestros pueblos al cumplirse 40 años de la iniciación del tratamiento de este problema en este foro, tras la liquidación de otra doctrina racista que también pretendió perennizarse.

La declaración de la Conferencia Mundial sobre Sanciones celebrada en París, el informe del Grupo de Personalidades Eminentes y, ante todo, el agravamiento de la situación en Sudáfrica, convencieron a los gobiernos más renuentes, que era necesario la adopción inicial de sanciones como única manera de expresar su repudio a la actitud de la minoría racista que detenta el poder en Sudáfrica.

Resta ahora que esta Asamblea redoble sus esfuerzos para implementar, complementar y reforzar las decisiones de este año y que 1987 represente la consolidación de una cruzada internacional para la erradicación final del apartheid.

Todos conocemos de las heroicas movilizaciones que ha realizado el pueblo oprimido de Sudáfrica, del incremento de su resistencia, del enorme sufrimiento que viene soportando. Estas son razones más que suficientes para que en ejercicio de los principios de solidaridad y cooperación asignemos la debida prioridad a la asistencia que debemos brindar al pueblo sudafricano y a los movimientos de liberación en pie de lucha.

La Conferencia de Jefes de Estado o de Gobierno de los Países no Alineados en Harare calificó la situación en Sudáfrica como el más grave peligro existente para la paz y la seguridad internacionales y adoptó dos decisiones ejecutivas acordes con la urgencia de las circunstancias: la creación del Fondo de Solidaridad para el Africa Meridional, al que esperamos que la comunidad internacional contribuya

generosamente y, por otro lado, la designación de un grupo de cancilleres, entre ellos el del Perú, para promover la adopción de sanciones contra la Sudáfrica racista ante los gobiernos de algunos países occidentales, conforme a la gestión recién cumplida.

El sistema de las Naciones Unidas, por su parte, también tendrá que intensificar sus esfuerzos y recursos al servicio de la noble causa del pueblo sudafricano y de sus Estados vecinos, ya que el agravamiento del conflicto ha multiplicado sus requerimientos y resulta obvio que el actual volumen de recursos para la asistencia es insuficiente.

Hace pocos días experimentamos la pérdida de uno de nuestros más comprometidos militantes, el legendario Presidente de Mozambique, Samora Machel, luchador incansable y uno de los abanderados de la causa africana, cuyas realizaciones hoy reconocen todos los pueblos amantes de la libertad y de la justicia.

Mi Gobierno, que profesa una especial admiración por dicho líder, no sólo dispuso duelo nacional por su trágica desaparición, sino que además instituyó el 19 de octubre como el Día de la Amistad Peruano-Africana, en homenaje al líder y estadista africano, así como a aquéllos que como él, dedicaron sus ideas a la gesta emancipadora del Africa y al fortalecimiento del Movimiento de los Países No Alineados. De acuerdo con lo dispuesto en ese mismo decreto, cada año en esa fecha se efectuarán en los planteles escolares de mi país, actuaciones destinadas a resaltar los valores de la cultura africana y su aporte a la formación de la sociedad peruana, a la comunidad de intereses entre los países del tercer mundo y a la lucha contra la discriminación racial.

En este proceso ya no hay espacios para reforma; la única alternativa es el completo desmantelamiento y erradicación total del sistema del apartheid, que no es sino la opresión, la represión y la discriminación organizada.

El 21 de octubre último, los Cancilleres y los Ministros de los países de América Latina y el Caribe, reunidos en Lima en la XII Reunión del Consejo Latinoamericano del Sistema Económico Latinoamericano examinaron detenidamente la situación internacional y adoptaron el Comunicado de Lima, que en su punto décimo, reitera el apoyo a las sanciones convenidas en el ámbito de las Naciones Unidas contra el régimen de Sudáfrica por su política de apartheid y asume el compromiso de mantener una acción coordinada y permanente en las Naciones Unidas y en otros foros competentes.

Por nuestra estricta adhesión a la solución pacífica de conflictos, mantuvimos la esperanza de que un genuino y franco diálogo pudiera desarrollarse en Sudáfrica y constituyera las bases de una reconciliación. Por mucho tiempo asignamos validez a la opción de que se produjera un profundo cambio en las bases políticas de Sudáfrica para dar paso a una sociedad justa y democrática. Hoy que el pueblo sudafricano ha optado por defender sus legítimos derechos por todos los medios, rendimos homenaje al valor y al coraje que caracteriza su lucha heroica y desigual, que merece nuestra solidaridad y nuestro apoyo.

Las Naciones Unidas no pueden ser ajenas a esa lucha en la que se juega la autenticidad de los progresos y acuerdos en materia de derechos humanos y, en consecuencia, la legitimidad de sus actos. Y ese compromiso con la historia resulta aún más imperativo para los miembros permanentes del Consejo de Seguridad que se enfrentan así a la responsabilidad de actuar de conformidad con lo que la inmensa mayoría de la comunidad internacional reclama, esto es las sanciones y el aislamiento total para los últimos defensores del racismo.

Sr. GYI (Birmania) (interpretación del inglés): Durante más de 40 años, desde el momento en que se crearon las Naciones Unidas, la Asamblea General ha venido tratando el tema relativo a la política de apartheid de Sudáfrica, que sigue siendo un problema incurable que ha desafiado toda solución. Es un anacronismo que en la hora presente de la emancipación de las naciones y de los pueblos, la mayoría de la población de Sudáfrica vea negado sus derechos más elementales. Hoy, al continuar la Asamblea General este debate, la condición del pueblo de Sudáfrica no es mejor que cuando la Asamblea General se preocupó por primera vez de esta cuestión, hace cuatro decenios.

Huelga decir que la responsabilidad por esta situación reside en la negativa de Sudáfrica a desmantelar la política de apartheid y en su decisión de mantener intactos todos sus elementos esenciales. La lucha contra el apartheid es un derecho de los pueblos de Sudáfrica, que han expuesto cada vez con mayor claridad que no han de seguir tolerando la negación de sus derechos. Para ello, necesitan el apoyo inconvencible de la comunidad internacional. Nosotros, como Miembros de las Naciones Unidas, tenemos el deber y la obligación morales de prestarles nuestro apoyo. Esa obligación deriva de nuestro compromiso con los principios de la Carta y, por sobre todo, del hecho de que todos vivimos en el mismo planeta y compartimos un destino común.

Teniendo en cuenta estos antecedentes, debemos preguntarnos qué función pueden continuar desempeñando las Naciones Unidas en la justa causa del pueblo de Sudáfrica y para llevar la paz y la seguridad al Africa meridional. La respuesta estriba en el papel que las Naciones Unidas han desempeñado y también en el papel eficaz que la Organización puede desempeñar en el futuro. Al respecto, podemos decir que las Naciones Unidas han desempeñado verdaderamente un papel positivo e importante en la lucha contra el apartheid. Han condenado al apartheid con una única voz; han generado un impulso que permitió reunir apoyo para el pueblo de Sudáfrica y han movilizado a la opinión pública internacional en contra del apartheid. Las resoluciones de la Asamblea General, que constituyen la política y la actitud de la comunidad internacional contra este sistema abominable, han contribuido a la multiplicidad de medidas tomadas contra el apartheid y han continuado trazando el rumbo futuro de las acciones por emprender.

Las Naciones Unidas han condenado reiteradamente al apartheid como un crimen, como una mácula en la conciencia de la humanidad y como una amenaza a la paz y la seguridad internacionales. No obstante, pese a esta condena universal, el régimen sudafricano ha continuado desafiando la voluntad de la mayoría en Sudáfrica, como también la de la comunidad internacional. Por cierto, se ha intensificado su carácter opresor.

El hecho de que la situación en Sudáfrica se haya deteriorado ahora hasta un grado alarmante debe atribuirse, sin duda, a la circunstancia de que el régimen de apartheid hace caso omiso flagrantemente de las resoluciones de las Naciones Unidas y de la Carta de la Organización, en desafío a la opinión mundial. Además, Sudáfrica, pisoteando todas las normas del derecho internacional, prosigue ocupando a Namibia ilegalmente.

Sus actos de agresión y desestabilización contra los Estados vecinos violan la independencia, soberanía e integridad territorial de dichos Estados. Esta situación exige una mayor intensificación de los esfuerzos por las Naciones Unidas y la comunidad internacional. Los acontecimientos recientes reafirman el convencimiento de la comunidad internacional en el sentido de que una acción internacional concertada y eficaz exige nuevas medidas, que sean amplias en su carácter. Teniendo en cuenta estos elementos, debemos tomar nota del informe del Comité Especial contra el Apartheid y de las recomendaciones que contiene.

De las muchas actividades llevadas a cabo por las Naciones Unidas en 1986, la más importante fue la Conferencia Mundial sobre Sanciones, celebrada en junio último, en París. La Conferencia se reunió en una etapa crítica de los acontecimientos en Sudáfrica y en el Africa meridional e hizo hincapié en la necesidad de una acción internacional urgente y efectiva. La Conferencia también recalcó que la actual amenaza a la paz y la seguridad internacionales que plantea el régimen sudafricano deriva, entre otras cosas, de tres causas principales: su represión interna y su brutalidad siempre crecientes para perpetuar el apartheid; su constante ocupación ilegal de Namibia; y sus actos de agresión, subversión y desestabilización contra los Estados africanos independientes. La Conferencia Mundial sobre Sanciones consideró que el régimen sudafricano es el único responsable del conflicto y la violencia en Sudáfrica y Namibia, de los constantes actos de agresión y los quebrantamientos de la paz en todo el continente africano y de la creciente amenaza a la paz y la seguridad internacionales.

En vista de la suma gravedad de la situación en Sudáfrica, la Conferencia hizo hincapié en el hecho de que es imperativo que la comunidad internacional adopte todas las medidas necesarias, con un sentido de urgencia, para la rápida abolición del apartheid y para poner término a sus violaciones en Sudáfrica, a la ocupación ilegal de Namibia y a la agresión contra los Estados africanos independientes. La Conferencia también declaró que la comunidad internacional debería decidir respecto a un programa amplio de medidas y reconoció que las sanciones obligatorias contra Sudáfrica, en virtud del Capítulo VII de la Carta, deben ser el elemento central de dicho programa. En este sentido, incumbe al Consejo de Seguridad cumplir su función.

Los acontecimientos en el Africa meridional nos dan pocos motivos de optimismo. El tiempo se acaba, pero seguimos creyendo que todavía hay esperanzas para un cambio pacífico en Sudáfrica. La situación es tal que resulta más

necesario que nunca que las Naciones Unidas y la comunidad internacional demuestren la voluntad política colectiva necesaria para una acción eficaz, constructiva y concertada.

Sr. PITARKA (Albania) (interpretación del inglés): Dentro de este año solamente, varias conferencias organizadas por las Naciones Unidas se celebraron para condenar la política de discriminación racial y apartheid que aplica el régimen racista de Sudáfrica. En la Conferencia Mundial sobre Sanciones contra la Sudáfrica Racista, los representantes de los países progresistas destacaron la necesidad de tomar medidas urgentes y eficaces contra Sudáfrica.

Pero los abundantes hechos que se presentan en este debate, especialmente por los representantes de los países africanos, rinden testimonio de que los racistas de Pretoria, que siguen empeñados con toda contumacia en su política odiosa del apartheid, han intensificado aún más su opresión y violencia racistas. Los arrestos, los encarcelamientos y las torturas son el pan de cada día. En los últimos meses, han sido ejecutadas cientos de personas inocentes; miles de personas más han sido encarceladas, incluidos niños menores de 16 años. Las fuerzas de la policía disparan contra los manifestantes causando numerosas bajas. Más de 3 millones de africanos, que han sido arrastrados por la fuerza a notorios bantustanes, que son verdaderos campos de concentración, viven en la inanición, en la indigencia y en condiciones sanitarias inimaginables. La situación de la población indígena es trágica en todas las regiones del país. La violencia y el terror se ejercen tanto contra el pueblo de Azania como contra el de Namibia. Además, los fascistas de Pretoria se empeñan repetidamente en actos de agresión contra los países vecinos.

Indudablemente, es claro para todos que ya nos hubiéramos liberado del apartheid si no fuese por el apoyo del imperialismo y de la reacción mundial. La opinión pública mundial progresista, que pide el corte de todos los canales que nutren al apartheid, se ve desafiada hábilmente por los Estados Unidos de América y las otras Potencias imperialistas que permiten a estos fascistas mantenerse firmes y arrogantes, y perpetrar su odiosa política de discriminación racial y de apartheid.

La llamada política de participación constructiva y el apoyo militar, político y económico de los imperialistas norteamericanos han permitido mantener a Sudáfrica como un gendarme del propio continente africano; como un baluarte para defender sus intereses en Africa; como un trampolín para amenazar la libertad y la independencia de los pueblos africanos.

Frente a la presión y a la indignación internacionales, ellos aparentemente se muestran como si condenaran al apartheid, pero en realidad son los Estados Unidos y las otras Potencias imperialistas los que, aun aquí en las Naciones Unidas, se oponen de diversas formas a los países que condenan la altanera política de terrorismo en Sudáfrica.

Esto es así porque son armas norteamericanas las que utiliza el régimen de apartheid contra los luchadores de Azania y los manifestantes; son armas de los Estados Unidos las que permiten los ataques de los bandidos contra los Estados vecinos. Son las multinacionales, principalmente de los Estados Unidos, las que tienen intereses vitales en Pretoria y sacan fabulosas utilidades explotando la mano de obra barata de la población y las riquezas del pueblo de Azania, tales como el oro, el uranio, el cromo, los diamantes, etc.

Decenas de compañías capitalistas monopólicas de los países occidentales siguen operando de varias formas en Sudáfrica, desatendiendo la condena de la opinión pública progresista. De esta manera, diluyen el impacto de las medidas acordadas por muchos países amantes de la paz, de boicotear económicamente al régimen racista de Pretoria, y con ello, obstaculizan consecuentemente la lucha de los pueblos azanio y namibiano para poner fin a este odioso régimen de racismo y apartheid.

La delegación de Albania considera, como lo ha hecho hasta ahora, que es necesario ratificar que el régimen racista de Sudáfrica y la política en que está empeñado dentro y fuera del país, se benefician de las condiciones creadas por la rivalidad de las dos superpotencias imperialistas, la Unión Soviética y los Estados Unidos, que buscan la hegemonía en el continente africano. Los Estados Unidos hacen todos los esfuerzos posibles para mantener al régimen racista de Pretoria y socavar la lucha y los empeños del pueblo africano por erradicar el apartheid y asegurar el desarrollo socioeconómico y político así como la emancipación total del continente. Los socioimperialistas soviéticos, que se muestran como "amigos" e "internacionalistas", tratan de utilizar la tensa situación creada en la región para ampliar su influencia imperialista.

Durante este debate, numerosas delegaciones de varios países progresistas y democráticos han condenado enérgicamente al apartheid como una mancha en nuestro siglo. En solidaridad con ellos, la delegación de Albania expresa su opinión de que el aumento de la lucha de los pueblos contra el racismo y el apartheid exige un fortalecimiento de la solidaridad de los países progresistas y democráticos, de todos aquellos que aspiran verdaderamente a la eliminación del apartheid de Sudáfrica.

Estamos de acuerdo con la imposición de medidas concretas y enérgicas contra el régimen sudafricano, con la condena a las fuerzas reaccionarias que, de una u otra forma, siguen apoyando a los racistas sudafricanos y con el propósito de impedirles que puedan seguir adelante con sus actos criminales.

Las resoluciones, que siguen siendo letra muerta y que han suscrito aun las fuerzas que mantienen el sistema del apartheid, no pueden lograr ningún resultado tangible.

Rendimos homenaje a la lucha de los pueblos azanio y namibiano que desean poner fin a las bárbaras normas del régimen fascista de Pretoria. La lucha y la resistencia resuelta que tienen lugar en Azania y en Namibia, donde los pueblos de estos dos países se enfrentan a las fuerzas fascistas de Pretoria, ponen de manifiesto que, de conformidad con su propia experiencia, ellos saben que no hay otra alternativa que la lucha resuelta en todos los frentes, en las ciudades, en las aldeas, en las plantas industriales, en las minas y en las escuelas. Una lucha sin cuartel, rechazando todas las ilusiones acerca de las llamadas reformas y soluciones constitucionales que ofrecen los racistas de Pretoria, y sobre todo una lucha armada de los bravíos guerreros azanios y namibianos, los llevará indudablemente a la victoria. En su lucha, ellos cuentan con el apoyo y la solidaridad de sus hermanos africanos y de todos los pueblos del mundo amantes de la paz.

La delegación de la República Popular Socialista de Albania desea señalar nuevamente que el pueblo albanés y su Gobierno, como sinceros amigos de los pueblos africanos, se han opuesto y se opondrán siempre en forma resuelta a todo tipo de discriminación social y racial, y ello se debe a que el sistema sociopolítico de la República Popular Socialista de Albania, al igual que su política externa e interna rechaza categóricamente las ideologías y actividades racistas. La Constitución de la República Popular Socialista de Albania niega los privilegios de raza y prohíbe por ley el genocidio y la incitación al odio racial.

Para concluir, confirmamos nuestro apoyo resuelto a la justa causa de los pueblos azanio y namibiano, y la de todos los pueblos africanos por desarraigar el colonialismo, el racismo y el apartheid. Condenamos resueltamente los actos salvajes de violencia, terror y discriminación racial, así como la política de apartheid del régimen racista de Sudáfrica. Estamos convencidos de que la lucha justa de los pueblos azanio y namibiano triunfará.

Sra. NGUYEN BINH THANH (Viet Nam). (interpretación del francés): Hace 40 años que la política de apartheid del Gobierno sudafricano figura en el programa de la Asamblea General de las Naciones Unidas, pero la comunidad internacional todavía no ha podido eliminar este flagelo de la humanidad. El régimen racista de Pretoria, el único que ha erigido el racismo en política oficial y que lo consagró en su "Constitución", sigue actuando al margen de la ley, violando las disposiciones de la Carta de las Naciones Unidas y desafiando las resoluciones de la Asamblea General y del Consejo de Seguridad.

Lejos de mostrar el menor deseo de lograr una solución justa y negociada del conflicto, el régimen de Pretoria ha intensificado sus actos de represión masiva y de violencia contra la mayoría sudafricana oprimida. El informe del Comité Especial contra el Apartheid da a este respecto cifras significativas: desde la segunda declaración del estado de emergencia, entre el 12 de junio y el 29 de agosto de este año, entre 12.000 y 16.000 adversarios del apartheid, entre ellos líderes religiosos y sindicales, periodistas, activistas de movimientos de la juventud y de estudiantes, fueron encarcelados sin ser sometidos a juicio. Las fuerzas de seguridad continúan disparando contra los manifestantes pacíficos e incluso las procesiones fúnebres. El 21 de noviembre de 1985, en un hecho particularmente innoble, la policía disparó sobre una multitud de varios miles de mujeres en el distrito de Mamelodi, Pretoria, dando muerte a 19 personas, entre ellas un infante. A causa de la violencia policial que perpetra el régimen, en particular los siniestros "escuadrones de la muerte", perdieron la vida unas 2.600 personas.

El régimen racista sudafricano, prosiguiendo su política cruel de bantustanización en el interior del país, que tiene por objeto la mayor erradicación del pueblo de Sudáfrica y la desposesión de sus derechos inalienables, continúa ocupando ilegalmente Namibia, donde explota los recursos naturales y humanos del Territorio y trata de sofocar la lucha del pueblo namibiano en pro de su independencia, bajo la dirección de la Organización Popular del Africa Sudoccidental (SWAPO), su único y legítimo representante.

La represión y el terrorismo van siempre aparejados al engaño y la demagogia. Para justificarse ante la opinión internacional, Pretoria ha multiplicado sus maniobras políticas para aplicar sus pretendidas reformas constitucionales, que en realidad dejan intactas las bases del apartheid. El llamado Gobierno provisional que impone en Namibia no tiene otro objeto que reforzar la dominación del régimen racista sudafricano bajo una nueva forma: el neocolonialismo.

El régimen del apartheid, despreciando innumerables resoluciones del Consejo de Seguridad y de la Asamblea General, continúa sus aventuras militares contra los países de la línea del frente. La ocupación ilegal de una parte del territorio de Angola, las incursiones de mercenarios contra Angola, Botswana, Zambia y Zimbabwe, incluso en la víspera de la celebración de la Octava Conferencia Cumbre de los Países No Alineados, la actual concentración de tropas en las proximidades de la frontera de Mozambique y el envío de comandos para realizar actividades de sabotaje en ese país, son otras tantas manifestaciones brutales de la política de agresión, subversión, desestabilización y terrorismo de Pretoria contra los Estados de la línea del frente.

Resulta cada vez más evidente que el régimen racista sudafricano no podría seguir existiendo sin el apoyo de ciertas fuerzas imperialistas y reaccionarias. Pruebas cada vez más abrumadoras demuestran que ese régimen es producto del imperialismo y que es este último el que lo protege y lo revitaliza. El supuesto "contacto constructivo" del Gobierno de Reagan con Pretoria ha sido objeto de una condena unánime de la comunidad internacional. La Octava Conferencia Cumbre de los Países no Alineados declaró explícitamente:

"Los Jefes de Estado o de Gobierno condenaron la política de "contacto constructivo" seguida por el Gobierno de los Estados Unidos de América que, a su juicio, prestaba ayuda y apoyo al régimen racista, con lo que le animaba a cometer sus actos descarados de agresión contra Estados vecinos independientes y le alentaba a seguir desafiando a la opinión pública internacional. Al señalar que el incremento de los actos de genocidio perpetrados por el régimen racista sudafricano contra la mayoría indefensa de ese país era también el resultado de la arrogancia del régimen alentado por esa política de "contacto constructivo", los Jefes de Estado o de Gobierno se felicitaron de que aumentara el rechazo a esa política, especialmente en los propios Estados Unidos, y exhortaron al Gobierno de ese país a que abandonara su política cuyas consecuencias desastrosas para la región se habían hecho tan evidentes." (A/41/697-S/18392, Introducción, párr. 71)

Es lamentable que este llamamiento no se haya escuchado y que, mientras condenan públicamente el apartheid, ciertos países occidentales e incluso algunas sociedades transnacionales, bancos y otras instituciones financieras, sigan colaborando con el régimen racista de Sudáfrica y sosteniéndolo activamente, con lo que constituyen un obstáculo grave a los esfuerzos emprendidos por el pueblo de Sudáfrica y por la comunidad internacional para eliminar totalmente el apartheid.

Pese a la escalada de la represión y la violencia, la lucha heroica que libra el pueblo sudafricano bajo la dirección del Congreso Nacional Africano (ANC), y el pueblo namibiano, bajo la dirección de la Organización Popular del Africa Sudoccidental (SWAPO), en pro de su independencia, continúa y ha registrado notables éxitos. Durante esta lucha se ha robustecido considerablemente la unidad en el seno de la población sudafricana y entre los pueblos del Africa meridional, una unidad que trasciende las fronteras, las clases sociales, las religiones y las razas y que ha puesto en jaque las tentativas de los racistas sudafricanos de dividir y debilitar el frente patriótico en Sudáfrica y Namibia.

Cabe preguntar durante cuánto tiempo el apartheid, ese cáncer en el cuerpo de Africa, seguirá corroyéndolo. ¿Cuándo se eliminará esta mancha de la conciencia universal? Frente a la situación explosiva que predomina actualmente en Sudáfrica, se impone una exigencia, a saber: concentrar todos los esfuerzos para liquidar sin demora ese flagelo. Para ello, es importante conceder un apoyo más enérgico y una ayuda más eficaz a la lucha heroica del pueblo sudafricano, que se libra en distintas formas, incluida la lucha armada. El mismo apoyo y la misma ayuda se deben acordar al pueblo namibiano en lucha por recuperar su independencia y su libertad, al igual que a los Estados de la línea del frente que han aceptado grandes sacrificios para ser fieles al principio de solidaridad militante con los pueblos que son víctimas del apartheid y que por ello merecen nuestra admiración y respeto.

La República Socialista de Viet Nam renueva su expresión de solidaridad militante al pueblo de Sudáfrica en la lucha que libra bajo la dirección del Congreso Nacional Africano (ANC) para eliminar totalmente el apartheid, a fin de poder ejercer su derecho a la libre determinación en una Sudáfrica libre, democrática y no fundada en prejuicios raciales.

Mi delegación se complace por la celebración de la Conferencia Mundial sobre Sanciones contra la Sudáfrica Racista, realizada en París en junio pasado y apoya sus conclusiones, es decir, que

"los gobiernos y pueblos del mundo" - convienen en afirmar - "que las sanciones obligatorias amplias contra Sudáfrica constituyen el medio pacífico más apropiado y eficaz con el que cuenta la comunidad internacional para la eliminación del apartheid, la liberación de Namibia y el mantenimiento de la paz en el Africa meridional." (A/41/434-S/18185, párr. 47)

Apoyamos firmemente la posición de los países africanos y la del Movimiento de los Países No Alineados, al igual que las resoluciones de la Asamblea General que piden al Consejo de Seguridad que imponga inmediatamente sanciones globales y obligatorias contra el régimen de Pretoria, de conformidad con el Capítulo VII de la Carta de las Naciones Unidas. Es hora de que aquellos que utilizan argumentos falaces, según los cuales las sanciones acarrearían consecuencias nefastas para la población negra, se pongan a la altura de la comunidad internacional.

Exigimos, unidos a toda la humanidad, que últimamente se ha manifestado con energía mediante la enérgica presión de movimientos anti-apartheid en todo el mundo, en Europa occidental, en América del Norte así como en el Pacífico meridional, que ciertos países occidentales, empresas transnacionales e instituciones financieras internacionales cesen de inmediato toda colaboración política, económica y militar, en especial en la esfera nuclear, con Pretoria. Por otra parte, exigimos que se libere inmediata e incondicionalmente a Nelson Mandela y a todos los demás presos y detenidos políticos de Sudáfrica. Estamos convencidos que la causa justa del pueblo sudafricano y del pueblo namibiano, triunfará.

Antes de terminar, mi delegación desea rendir homenaje al Comité Especial contra el Apartheid y a su Presidente, el Embajador Sr. Joseph N. Garba por su enérgica dirección y el dinamismo de que ha dado pruebas, que constituye fuente de inspiración para todos los que actuamos en común para erradicar el apartheid de nuestro planeta.

Sr. TADESSA (Etiopía) (interpretación del inglés): Las Naciones Unidas, casi desde que se fundaran, vienen considerando la política racial de Sudáfrica. Han adoptado numerosas resoluciones, declaraciones y decisiones en las que se condena la política repugnante del apartheid en los términos más enérgicos y en las que se pide su eliminación total. Todos los años los Jefes de Estado y de Gobierno, así como otros representantes, han efectuado declaraciones desde esta tribuna subrayando la necesidad de dismantelar lo que se ha transformado no sólo en una amenaza para la paz y la seguridad internacionales sino también en un crimen de lesa humanidad.

Pese a todo esto, el régimen de Pretoria continúa haciendo caso omiso con impunidad de los repetidos llamamientos de la comunidad internacional para que se establezca una sociedad democrática y no racial en Sudáfrica. Realmente, el régimen racista, al negarse obstinadamente a demostrar respeto alguno por la voluntad de la comunidad internacional, continúa pisoteando desvergonzadamente la dignidad, la libertad y la igualdad de las masas de Sudáfrica. Los arquitectos y soldados del apartheid, la Gestapo del Reich sudafricano, matan y mutilan indiscriminadamente a niños, mujeres y hombres del país. Decenas de miles han sido muertos a sangre fría en las calles, en las escuelas, en los lugares de trabajo y en sus hogares; muchos otros han sido arrestados, detenidos, torturados, proscritos y maltratados. El gran luchador por la libertad, Nelson Mandela y

numerosos valientes representantes del pueblo siguen languideciendo en las cárceles. Por cierto, casi no pasa un día en Sudáfrica sin que el sumo sacerdote racista sacrifique a un africano en el altar del apartheid.

El apartheid es la negación de la vida, de la libertad, de la dignidad y de la justicia. El apartheid es la negación de la persona humana, es la degradación de la humanidad. El apartheid mata e incluso impide a los vivos el entierro pacífico de los muertos. Las matanzas de Sharpeville y Soweto y los continuos y odiosos crímenes del régimen racista dan testimonio de ello. Este inhumano sistema no puede tolerarse, no puede reformarse, tiene que eliminarse. Por consiguiente, en estas circunstancias, no podemos sino preguntarnos durante cuánto tiempo han de seguir anegando la conciencia de la humanidad los ríos de sangre y de lágrimas de Sudáfrica.

La lucha de las masas oprimidas sudafricanas, que viene desarrollándose a ritmo sostenido desde hace cuatro centurias, ha llegado hoy a una etapa crucial. La llama de la libertad se ha encendido en toda Sudáfrica y la furia de los que se han visto privados de sus derechos ha estallado en una acción popular. Los verdaderos hijos de Sudáfrica, cuyos antepasados han sufrido los horrores y miserias indecibles del colonialismo y del racismo, están librando una lucha resuelta a vida o muerte por la libertad. El pueblo subyugado de Sudáfrica tiene plena conciencia de que la libertad y la justicia no podrán lograrse sin hacer sacrificios. Sabe que no le caerá del cielo como el maná y mucho menos como un regalo del régimen fascista. Pese a los grandes sacrificios que viene haciendo en sangre y en vidas está resuelto hoy más que nunca, a desmantelar el apartheid para que pueda asegurarse libertad, igualdad y justicia para las futuras generaciones de Sudáfrica. La brutalidad del régimen del apartheid no puede ni podrá detener esta marcha hacia la libertad bajo las banderas del Congreso Nacional Africano y de otras fuerzas democráticas.

Como es bien sabido, el pueblo oprimido de Sudáfrica no es la única víctima de las despiadadas atrocidades perpetradas por el régimen del apartheid. En realidad, los pueblos de los Estados de la línea del frente se han convertido también en objetivos de los actos de agresión y de desestabilización, así como de chantaje económico por el régimen del apartheid.

Como lo demuestra claramente el informe del Comité Especial contra el Apartheid, durante los últimos 12 meses el régimen racista ha intensificado su violencia genocida en toda el Africa meridional. Los mercenarios del apartheid han

cometido actos de agresión, subversión y desestabilización en Angola, Botswana, Lesotho, Mozambique, Zambia y Zimbabwe, matando a civiles inocentes y destruyendo la infraestructura socioeconómica. La intensificación de estos actos belicosos continúa poniendo en peligro no sólo la seguridad, la paz y la estabilidad del Africa meridional sino también la de todo el continente.

Por lo tanto, la comunidad internacional tiene la responsabilidad política y moral de poner fin a esta amenaza apoyando la lucha contra el apartheid. Ningún Miembro de las Naciones Unidas puede permanecer indiferente al inminente baño de sangre que se cierne sobre Sudáfrica por el apartheid. En este sentido, si bien encomiamos los valiosos esfuerzos realizados por muchos Estados Miembros de esta Organización, consideramos que la comunidad internacional debe tomar medidas enérgicas y concretas. Etiopía, en consonancia con la posición de la Organización de la Unidad Africana y del Movimiento de los Países No Alineados, está firmemente convencida de que la imposición de sanciones obligatorias contra Sudáfrica brinda el único camino pacífico y rápido hacia la eliminación del apartheid. La alternativa a ello sería la continuación de la violencia y el terror, con riesgos incalculables para la región y, en realidad, para la paz y seguridad mundiales. Tal como lo hemos expresado muchas veces, la responsabilidad por este peligro debe ser compartida entre los Estados occidentales que continúan ampliando abierta o encubiertamente su ayuda al régimen de Pretoria.

En consecuencia, exhortamos una vez más a esos gobiernos que continúan manteniendo relaciones con el régimen fascista a que desistan de ello y terminen inmediatamente todo tipo de colaboración con el apartheid de Sudáfrica.

Esta es nuestra exhortación y también es el llamamiento de los sudafricanos oprimidos; y, en realidad, es el llamamiento de todos los pueblos del mundo amantes de la paz.

La historia ha probado en repetidas ocasiones que la política de apaciguamiento o de "contacto constructivo", como algunos prefieren denominarla, no podrá impedir ni impedirá que los regímenes fascistas cometan crímenes de lesa humanidad. Como no detuvieron a Hitler ni a Mussolini, seguramente no detendrán tampoco a Botha.

Por lo tanto, corresponde a todas las naciones que defienden los principios de la libertad, la igualdad y la justicia, asistir al pueblo en lucha de Sudáfrica mediante la imposición de sanciones obligatorias generales en virtud del Capítulo VII de la Carta de las Naciones Unidas.

En lo que a Etiopía se refiere, quisiera reafirmar nuestra posición expresada por el compañero Mengistu Haile Mariam, Secretario General del Partido de los Trabajadores de Etiopía, Presidente del Consejo Administrativo Militar Provisional y Comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas Revolucionarias, en las recientes cumbres de la Organización de la Unidad Africana y el Movimiento de los Países No Alineados, que dentro de sus limitados recursos la Etiopía socialista continuará ayudando a la lucha de liberación y apoyando la campaña para aislar al régimen de Pretoria hasta que se establezca una sociedad justa y democrática en una Sudáfrica unificada.

Sr. GAYAMA (Congo) (interpretación del francés): Ha pasado la época en que la tragedia que vive día a día el pueblo de Sudáfrica no despertaba más que una atención distraída de parte de la opinión y de los gobiernos de algunos países. La condena de la política de apartheid parecía entonces algo propio de la buena sensibilidad humanitaria.

Mientras tanto, el Gobierno racista minoritario ha perfeccionado su arte de la opresión y la agresión para presentarse en adelante como una amenaza ya no teórica sino real para la paz y la seguridad internacionales.

Al intervenir demasiado tarde para proponer presuntas reformas al apartheid, el régimen sudafricano se encierra en una lógica suicida en la que cree poder asegurar su supervivencia.

Socavado en el interior por la lucha valiente del pueblo mayoritario, este régimen abyecto no suscita en el plano internacional más que una conciencia afianzada y comprometida con miras a su erradicación.

Lo que está en juego, es, pues, capital, y a su impacto ya no escapa ninguna fuerza política con vocación nacional o universal. Es lo que expresaba en esta

misma tribuna Su Excelencia Denis Sassou-Nguesso, Presidente de la República Popular del Congo, Presidente en ejercicio de la Organización de la Unidad Africana (OUA) cuando indicaba que "el continente africano está enfrentado a una situación de guerra persistente".

La situación, que se caracteriza en el interior por la generalización de las medidas de excepción resultantes del estado de emergencia implantado desde hace muchos meses, ofrece un balance de una elocuencia trágica. La prensa internacional informa, en efecto, que durante los últimos cinco meses más de 2.000 personas han perdido la vida a manos de la policía sudafricana y más de 20.000 han sido arrestadas y encarceladas.

Pero la combatividad de la población negra no se debilita. Es importante ayudarla y concederle todo el apoyo necesario para que culmine su combate, un combate que está marcado por el sello de la dignidad y del ideal de libertad que forman parte de los derechos más imprescriptibles del ser humano.

Actualmente, de acuerdo con las directrices de la XXII cumbre de la OUA, Africa preconiza una serie de medidas destinadas a mantener la presión y a dar a la lucha contra el apartheid todas las garantías de éxito que cabe esperar.

De esta forma, se ha creado un comité de Jefes de Estado para seguir permanentemente la situación en el Africa meridional y tomar respecto a ella las iniciativas necesarias.

La Asamblea General se ha ocupado ya del documento A/41/569 que informa de la preocupación expresada por la OUA de hacer tomar conciencia a la juventud de que tiene por misión imperiosa erradicar el apartheid.

Así, nuestros Jefes de Estado han decidido para Africa, y recomendado a todos los gobiernos y docentes del mundo, que la primera clase del actual año lectivo se dedique al apartheid y que, en esta ocasión, se inscriba en el pizarrón de cada aula y se comente la siguiente oración: "El apartheid es un crimen de lesa humanidad".

Por esenciales que sean estas disposiciones en cuanto se refiere a la movilización de la opinión pública internacional, no pueden sustituir la necesidad de imponer sanciones globales obligatorias contra el régimen de Pretoria.

La Conferencia Internacional celebrada en París en junio último se pronunció en ese sentido, así como la Octava Conferencia en la Cumbre de los Países no Alineados celebrada en Harare.

En ese sentido, la OUA y el Movimiento de los Países No Alineados exhortaron al Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas a asumir sus responsabilidades y reunirse para aprobar y promulgar sanciones globales obligatorias contra Sudáfrica.

Conscientes del sacrificio que tales medidas pueden significar para los países de la línea del frente, los Jefes de Estado y de Gobierno de la OUA y del Movimiento de los Países No Alineados decidieron crear fondos de solidaridad para apoyar el esfuerzo de esos países a fin de reducir su grado de dependencia con respecto a Sudáfrica, reforzar su capacidad de defensa y asegurar su autonomía económica.

Se ofrecen a los gobiernos de la comunidad internacional varias posibilidades de intervención en favor de la paz en el Africa meridional, y lejos de excluirse, esas posibilidades combinadas pueden más bien favorecer un desenlace democrático en el Africa meridional.

Estimamos, pues, que la ayuda al Congreso Nacional Africano (ANC), al Congreso Panafricanista de Azania (PAC) o a la Organización Popular del Africa Sudoccidental (SWAPO) constituyen algo tan positivo como sería la imposición de sanciones de acuerdo a las disposiciones del Capítulo VII de la Carta o la asistencia a los países de la línea del frente.

Hay actualmente una actitud positiva de parte de un cierto número de gobiernos occidentales, como el Canadá y los países escandinavos, que han aprobado sanciones selectivas contra Sudáfrica y cuyas disposiciones han comenzado a ejecutar.

Pero no podemos dejar de deplorar que algunos otros países occidentales, que se presentan, por otra parte, como los mejores amigos del Africa, se nieguen a toda idea de sanciones y lleguen inclusive hasta a recibir con todas las apariencias de la dignidad al rebelde Savimbi e inclusive al Primer Ministro sudafricano, el mismísimo Botha.

Al respecto, el Presidente Denis Sassou Nguesso ha expresado a esos países occidentales su preocupación, así como la de sus pares africanos, con respecto a tales iniciativas inoportunas o, por lo menos, inamistosas.

En un momento en que el régimen dirigido por el Sr. Botha se distingue por su menosprecio de la humanidad y el genocidio metódico emprendido contra la población negra sudafricana, sería por lo menos incongruente que este jefe neonazi se mezclase en un acto normalmente reservado para los hombres amantes de la paz, la justicia y la libertad: la conmemoración del 11 de noviembre en Europa.

Es también desde esta misma tribuna que el Presidente en ejercicio de la Organización de la Unidad Africana (OUA), Su Excelencia Denis Sassou Nguesso, declaró el 30 de septiembre pasado lo siguiente:

"Ante los que aducen que el recurso a la fuerza debiera estar prohibido, inclusive en el caso de la lucha contra el apartheid, les planteamos un mínimo: la aplicación, de conformidad con el Capítulo VII de la Carta, de sanciones globales y obligatorias que contribuyan a la erradicación pacífica del apartheid, si toda la comunidad internacional las acatara."

(A/41/PV.17, pág. 21)

Y el Presidente Sassou Nguesso agregó que incluso para el pueblo oprimido de Sudáfrica no había sufrimiento peor que el que le infligen los amos opresores de Pretoria.

Con todo, sigue siendo cierto que la acción concertada contra el apartheid requiere todo el rigor deseado en la intervención de la comunidad internacional en todas las etapas de la lucha.

En momentos en que, previendo su aislamiento y su fin ineludible, el régimen de apartheid disemina el terror y la desolación buscando por todos los medios desestabilizar a sus vecinos, debemos imaginar todas las respuestas posibles a esa política.

Uno de los aspectos de la tragedia resultante del maquiavelismo sudafricano se refiere a los desplazamientos masivos de poblaciones a las que se envía de vuelta por miles a los países vecinos que no pueden acogerlos de inmediato, siendo desplazados de los bantustanes a otras zonas reservadas, con lo cual se crean traumatismos indescriptibles en el seno de las familias y en la vida de las personas.

El Presidente Samora Machel pagó con su vida esta tragedia del designio de Sudáfrica de hacer imposible toda paz en el Africa meridional.

Se inscribe en la epopeya heroica de todos los combatientes de la libertad que tanto en Sudáfrica, como en Namibia y en los países vecinos derraman su sangre por el advenimiento de un mundo igualitario regido por los principios universales de la justicia y la equidad, esta desaparición del extinto Samora Machel, al que la Asamblea General rindió un homenaje conmovedor, que no hará más que galvanizar, estamos seguros, el coraje y la decisión de todos los patriotas africanos para dar a la parte meridional de nuestro continente la paz y la libertad que les ha sido tan injustamente negadas.

El Africa meridional vive el momento más crítico de su evolución. Corresponde a la comunidad internacional, en razón de que la paz y la seguridad se han tornado indivisibles en el mundo de nuestros días, persuadir al Gobierno sudafricano para que esta evolución pueda desarrollarse con maestría y responsabilidad, procediendo sin demoras a la abolición lisa y llana del sistema de apartheid.

Ahora bien; al instituir el estado de emergencia y mantener en su integridad las leyes fundamentales del apartheid, así como al negarse, a pesar de los llamamientos repetidos de la opinión internacional, a liberar a Nelson Mandela y otros presos políticos para permitirles desempeñar el papel que les corresponde en el proceso de democratización de su país, el Gobierno sudafricano se coloca deliberadamente contra la corriente de la historia.

Estamos convencidos de que el sistema de apartheid no podrá producir más que frutos amargos. Sin embargo, si todavía queda una naturaleza humana en el seno de la minoría en el poder, ésta terminará prevaleciendo por sobre el instinto odioso que ha instituido el monstruo denominado apartheid. Al final de cuentas, se trata de un desafío que se lanza al hombre.

Sr. SALAH (Jordania) (interpretación del árabe): Nos sentimos abrumados por la extrema preocupación e indignación que se han puesto de manifiesto durante el examen de esta cuestión del apartheid de Sudáfrica. El sistema de apartheid practicado por Sudáfrica no sólo es un tema político que en última instancia pone en peligro la paz y la seguridad internacionales, sino que se trata fundamentalmente de una cuestión ética en la que nuestra actitud hacia ella o

nuestra seriedad en oponernos determina nuestros valores intelectuales y culturales y el grado de nuestro compromiso con la esencia de los principios de la Carta. Nos preocupa particularmente que el rechazo internacional unánime no haya llegado a convencer a la minoría blanca para que abandone esta odiosa política, así como la dominación y opresión de la mayoría negra en Sudáfrica. Esto nos lleva a confirmar que los hechos y las medidas concretas y eficaces deben estar de acuerdo con nuestras palabras para convencer a los racistas de Pretoria de que están marchando contra la lógica de la historia, desafiando así al mundo en su espíritu.

Me parece que se equivocan quienes creen que es posible convencer a los dirigentes de Sudáfrica de que abandonen voluntariamente la política de apartheid. Esas opiniones ya tuvieron una amplia oportunidad pero lo único que lograron fue que ese régimen se tornara más fuerte e inexpugnable ante las presiones exteriores. Prueba inmediata de ello la encontramos en las reformas superficiales adoptadas por los racistas de Sudáfrica, ya sea mediante la pretendida nueva constitución, o permitiendo que algunas personas de color no negras participen en las elecciones o entablando un diálogo con algunos dirigentes negros escogidos. Cuando se expusieron estas pretendidas reformas y la oposición popular a ellas resultó evidente, la maquinaria de opresión estuvo dispuesta para perpetrar detenciones, encarcelamientos y muertes sin piedad, apoyada, por supuesto, por el estado de emergencia.

Sudáfrica ha desarrollado asimismo su economía a fin de hacer frente a la posibilidad de un boicot internacional. Al respecto tenemos ante nosotros dos hechos evidentes. Debemos rechazar y oponernos a la política de apartheid. No puede haber una política de apartheid que sea buena o aceptable.

Esta Organización ha expresado su opinión en el sentido de que el racismo y el apartheid son crímenes de lesa humanidad. Pero hecho eso, nos damos cuenta de que las simples denuncias y condenas no son suficientes. Tenemos que hacer algo concreto. Hay que imponer a Sudáfrica sanciones obligatorias, estrictas, para forzarla a abandonar su odiosa política.

Muchas personas, desde esta tribuna y fuera de las Naciones Unidas, han condenado la política de apartheid. Nuestra Organización ha adoptado numerosas resoluciones a fin de pedir que se ponga término al apartheid y se establezca un régimen democrático genuino. Sin embargo, las autoridades de Pretoria se han burlado de esas resoluciones, alentadas por nuestra falta de unanimidad respecto de las medidas eficaces que deben tomarse a fin de traducir en realidad nuestras palabras. Sudáfrica extrae fuerzas, por una parte, de nuestra falta de unanimidad para condenar su política racista y, por la otra, de nuestra falta de unanimidad para adoptar sanciones y un boicoteo económico amplio.

En consonancia con nuestra posición contra el apartheid, la ocupación extranjera y el imperialismo foráneo, en Jordania, estamos comprometidos con la reafirmación de todas las resoluciones de las Naciones Unidas sobre política de apartheid y su aplicación. También participamos activamente en todas las conferencias, actividades y esfuerzos encaminados a poner fin a esa política arbitraria. Pedimos que se apliquen las recomendaciones formuladas por la Conferencia Mundial sobre Sanciones contra la Sudáfrica Racista, celebrada en París en junio pasado.

El régimen minoritario blanco de Sudáfrica debe iniciar de inmediato negociaciones con los representantes de la población negra sudafricana, sin condiciones de ninguna índole. Esas negociaciones deben llevar al desmantelamiento pacífico de la política de apartheid y al establecimiento de una sociedad democrática no racista, en la que todos tengan iguales derechos y obligaciones. El Gobierno de Pretoria debe liberar a todos los presos políticos, incluido el líder nacional Nelson Mandela, a fin de crear la atmósfera necesaria para que las negociaciones tengan éxito. Asimismo, debería dejar sin efecto la proscripción de las organizaciones políticas, así como toda la legislación racista, y poner término a la práctica de las detenciones sin juicio y a las expulsiones de la población

autóctona. La agresión del régimen minoritario blanco no se ha limitado a la población negra de Sudáfrica, sino que se ha extendido a los países vecinos, partes de cuyos territorios ocupa Sudáfrica. Además, bombardea zonas ocupadas por civiles e instalaciones económicas, en un intento por aterrorizar a esos Estados, destruir sus economías e imponerles una política de hechos consumados. También ha puesto en práctica un boicoteo económico contra los Estados de la línea del frente. Condenamos todas las acciones militares que lleva a cabo el régimen minoritario blanco contra dichos Estados, y expresamos nuestra solidaridad con los esfuerzos que ellos realizan para consolidar su desarrollo y su independencia, y con su respaldo a los movimientos de liberación en Sudáfrica. Somos partidarios de que se preste apoyo moral y material a esos Estados para ayudarlos a enfrentar la política de terrorismo que practica Sudáfrica contra ellos.

La Octava Conferencia de Jefes de Estado o de Gobierno de los Países No Alineados se celebró en Harare, capital de Zimbabwe, a principios del mes de septiembre pasado. Mi país participó en esa Conferencia, que es considerada como la máxima reunión de apoyo a la lucha que libra el pueblo de Sudáfrica. En su Declaración especial sobre el Africa meridional, la Conferencia recomendó que todos los países no alineados y las demás naciones del mundo tomaran medidas eficaces y prácticas para desmantelar el sistema de apartheid. En otras declaraciones de la Conferencia se pide apoyo para los Estados africanos de la línea del frente, el fortalecimiento de las sanciones económicas y la adopción de un embargo de petróleo contra el régimen de Pretoria. Acogemos con beneplácito esas declaraciones y esperamos que se las lleve a la práctica.

El informe del Comité Especial contra el Apartheid (A/41/22 y Add.1) contiene datos sobre la relación estratégica y la alianza entre Israel y el Gobierno minoritario blanco de Sudáfrica. Esos datos revelan muchos aspectos del apoyo creciente dado por Israel a Sudáfrica en las esferas militar, nuclear, económica, política, cultural y deportiva. Además, muchos representantes que me han precedido en este debate ya se han referido a esas relaciones y han expresado su preocupación al respecto, especialmente por las consecuencias destructivas que tienen sobre la estabilidad y la seguridad en el Oriente Medio y en Sudáfrica. Debemos prestar más atención a esa relación entre los regímenes de Tel Aviv y Pretoria, que tienen tanto en común. También pedimos al Departamento de Información Pública y al Centro de las Naciones Unidas contra el Apartheid que continúen divulgando información sobre la creciente cooperación entre los dos países y dando a conocer las políticas y prácticas inhumanas e ilegales de ambos regímenes.

Repetimos que las Naciones Unidas deben redoblar sus esfuerzos y mantener el impulso de los esfuerzos internacionales tendientes a lograr el cumplimiento total del boicoteo a Sudáfrica en todas las esferas y conseguir que se apliquen realmente todas las resoluciones de la Asamblea General y del Consejo de Seguridad encaminadas al desmantelamiento de la política de apartheid. Si todos los Estados Miembros de esta Organización internacional asumieran ese compromiso, el apartheid pronto llegaría a su fin y la comunidad mundial se liberaría de esa lacra. Mientras tanto, el Consejo de Seguridad debe desempeñar plenamente su papel. Debemos seguir condenando la política de apartheid. Debe haber un boicoteo obligatorio y global contra Sudáfrica. Todos los países deben comprometerse a aplicarlo y a poner en práctica el boicoteo económico optativo ya dispuesto. Deben apoyar y ayudar a los Estados de la línea del frente, que son la primera línea defensiva de la mayoría oprimida de Sudáfrica, en sus esfuerzos por enfrentar todos los aspectos de la política de apartheid.

Sr. ORAMAS OLIVA (Cuba): Sr. Presidente: Desde que examinamos en este foro la política de apartheid del Gobierno sudafricano la situación en ese país ha continuado agravándose de manera alarmante, y no obstante la férrea censura de prensa impuesta por las autoridades racistas, la prensa nos viene dando día a día algunas informaciones sobre la cantidad de vidas inocentes que cotidianamente perecen ante la furia de los nuevos nazis.

Los insistentes reclamos de la comunidad internacional para que por vía de la negociación pacífica se llegue a reconocer la igualdad racial y el derecho de todos los sudafricanos a tener las mismas prerrogativas ante la sociedad, sólo han encontrado, como respuesta del régimen racista de Pretoria, el incremento de la represión, los arrestos, el encarcelamiento y el asesinato a mansalva de los heroicos hijos del pueblo oprimido de Sudáfrica. En sus afiebradas mentes los dirigentes racistas sienten un profundo menosprecio por los sentimientos de los demás y creen que ellos son los genuinos representantes de una raza superior y en esa demencial creencia no vacilan en recurrir al terror dentro y fuera de sus fronteras, para imponer su sucio orden.

De esta forma, el apartheid, que ha sido declarado con toda razón crimen de lesa humanidad y una afrenta a la conciencia universal, cada día quebranta una y otra vez la paz en el Africa meridional, financia a cuanto bandido hay en la zona con el propósito de desestabilizar a los países de la línea del frente, y ello representa, sin lugar a dudas, un serio peligro para la paz y la seguridad en el Africa austral y en todo el continente.

Al rendir homenaje al heroico pueblo negro sudafricano y a sus valientes luchadores por la libertad, debemos decir que lo que hoy esperan de nosotros es una efectiva y práctica solidaridad que les permita acelerar la liquidación del oprobioso apartheid, lo cual, por otra parte, será una seria contribución a la verdadera liberación del género humano. Hoy está ya en crisis insalvable el régimen del apartheid. Corresponde al Congreso Nacional Africano y a sus abnegados combatientes, a hombres y mujeres de la estirpe de Nelson y Winnie Mandela, la gloria de haber inspirado la lucha irreductible del pueblo sudafricano y estar demostrando al mundo que hoy, como ayer, como mañana y como siempre, nada podrá detener la marcha de la historia, y ninguna fuerza en el mundo será capaz de encadenar indefinidamente la dignidad y la libertad humanas.

La comunidad internacional tiene la obligación moral de hacer todo lo que esté a su alcance para acortar los sufrimientos de ese pueblo sudafricano martirizado. De la actitud que asuma esta Organización y las acciones concretas que sea capaz de emprender el Consejo de Seguridad dependerán en gran medida el nivel de sacrificios, la cantidad de vidas inocentes que aún habrán de inmolarsse antes de la liquidación definitiva del régimen del apartheid, y la creación de una sociedad democrática y multirracial en Sudáfrica.

Es ilógico que ciertas naciones occidentales que en la década de los 40 fueron víctimas de la agresión fascista, continúen ayudando o encubriendo al régimen del apartheid en los aspectos económicos, financieros, políticos, diplomáticos y militares. O que vacilen en la adopción de las medidas previstas en el Capítulo VII de la Carta de las Naciones Unidas, con el falaz pretexto de que serían las masas negras las que sufrirían con ellas. ¿No les basta a esos señores, con el testimonio de los muertos de Soweto y de los representantes de todas las organizaciones negras sudafricanas que reclaman la adopción de sanciones obligatorias contra Sudáfrica, para saber que esa es la imperiosa ayuda que ellos reclaman, para allanar el camino hacia la libertad?

Ya nadie cuestiona el aserto de que es ese apoyo de ciertos países occidentales, el que con su aliento, explica la intransigencia y agresividad del régimen racista sudafricano.* Por el contrario, todos saludamos a otros países occidentales que han adoptado sanciones selectivas contra Sudáfrica.

La llamada política de compromiso constructivo, seguida por el actual Gobierno estadounidense, anima a las autoridades de Pretoria a desarrollar su feroz política represiva en el plano interno, a agredir sistemáticamente a los países africanos vecinos y a mantener la ocupación de Namibia e impedir la independencia de ese país colonizado, en abierto desacato a todas las resoluciones de las Naciones Unidas y las decisiones de la Organización de la Unidad Africana (OUA), el Movimiento de los Países No Alineados y otros muchos foros internacionales.

El Gobierno de los Estados Unidos se niega terminantemente a admitir las sanciones globales y obligatorias contra el campeón de la violación de los derechos humanos, que es Sudáfrica. Washington no sólo veta los proyectos de resolución del Consejo de Seguridad sobre esta materia, sino que también trata de hacer lo mismo con las decisiones de su propio Congreso.

* El Sr. Dos Santos (Mozambique), Vicepresidente, ocupa la Presidencia.

Más aún, en abierto contubernio con las autoridades racistas de Pretoria, el Gobierno de los Estados Unidos ha extendido su apoyo financiero y militar a las bandas mercenarias de la UNITA, que pretenden desestabilizar al legítimo Gobierno de la República Popular de Angola.

Finalmente, deseamos expresar la posición del Gobierno de Cuba, en las palabras del Presidente Fidel Castro, quien en su discurso central durante la Octava Conferencia de Jefes de Estado o de Gobierno de los Países no Alineados dijo:

"La clave verdadera de la cuestión es que mientras exista en Sudáfrica el apartheid, mientras ese país esté regido por un gobierno racista y fascista, no habrá seguridad para Angola ni para ningún otro país de Africa austral y la independencia de Namibia no será más que una ficción."

Desde esta tribuna ratificamos nuestro decidido apoyo y solidaridad con el valiente pueblo sudafricano, que enfrenta al sanguinario régimen del apartheid. Exigimos la inmediata e incondicional libertad de Nelson Mandela y demás presos políticos. Rendimos tributo a los hombres, mujeres y niños que perdieron sus vidas luchando por la libertad e independencia en Sudáfrica.

Al abordar este tema, no podemos dejar de rendir un vibrante homenaje a quien fué uno de los luchadores por la liberación africana y contra el apartheid: al Presidente Samora Moisés Machel. Desde esta tribuna levantamos nuestros pensamientos para decirle que su trágica muerte no fue en vano y que el mejor homenaje a su memoria será el día que todos lleguemos a su tumba para decirle que el apartheid ha sido liquidado.

El apartheid huele a carroña. Cabe a los hombres que creen sinceramente en la libertad y en la dignidad humanas mancomunar sus esfuerzos y facilitar al heroico pueblo sudafricano los medios para concluir la obra de la liquidación de ese oprobioso sistema. Cabe a todos la responsabilidad histórica de tomar todas las medidas necesarias en el plano internacional para establecer el cordón sanitario que contribuya a acelerar la obra de los que quieren la igualdad racial en Sudáfrica.

Y para concluir, permítanme citar aquí lo que con profunda visión humana dijera un día el héroe nacional cubano José Martí:

"Pero no hay maldad ni responsabilidad, como las de sentirse capaz de hacer, con daño propio, bien ajeno, y por gozar de paz egoísta, dejar de hacer el bien ajeno."

Sr. McDONAGH (Irlanda) (interpretación del inglés): Mi delegación se asocia plenamente con las opiniones expresadas en esta Asamblea por el representante del Reino Unido, quien hizo uso de la palabra en nombre de los Doce Estados miembros de la Comunidad Económica Europea para condenar la política de apartheid practicada por el Gobierno sudafricano. Mi propósito ahora es recalcar algunos aspectos del enfoque del Gobierno irlandés sobre el apartheid, que han sido expresados por sucesivos representantes de mi país durante años.

No necesito catalogar los diversos aspectos del apartheid en todos sus atroces detalles. Los elementos incontables de discriminación política, económica, social y cultural que practica el Gobierno de Sudáfrica contra la población mayoritaria de ese infortunado país son bien conocidos por todas las delegaciones en esta Asamblea. Es una sociedad donde un grupo pequeño pero dominante monopoliza el poder, donde las prácticas de discriminación se han consolidado y sistematizado con el paso de los años, donde el control lo mantiene un sistema de represión vasto y complejo, donde se ha impuesto el Gobierno y nunca se ha buscado el consentimiento de los gobernados; y donde, para la mayoría de la población, la desigualdad y la desventaja no son incidentales sino centrales en todos los aspectos de la vida humana.

Sudáfrica, bajo el apartheid, tiene la distinción asombrosa de ser la única sociedad en el mundo de hoy que abiertamente, de manera explícita y como asunto de política oficial, ha construido su sistema político en base a la raza. Es una sociedad donde la sola pigmentación de la piel determina el destino. No ofrece al hombre negro esperanza alguna, ya que un hombre no puede cambiar el color de su piel.

En verdad, la información que sobre la situación actual en Sudáfrica se ha proporcionado a esta Asamblea en el informe del Comité Especial contra el Apartheid y en el informe del Comité de Síndicos del Fondo Fiduciario de las Naciones Unidas para Sudáfrica, parece confirmar que hay pocas razones para tener esperanza alguna.

En verdad, estos informes proporcionan un panorama aterrador. Durante la mayor parte del último año Sudáfrica ha estado bajo un estado de emergencia impuesto dos veces por el régimen de apartheid, parcialmente del 21 de julio de 1985 al 6 de marzo de 1986 y en toda la nación del 12 de junio de 1986 hasta el momento actual. Cito el párrafo 6 del informe del Comité de Síndicos del Fondo Fiduciario de las Naciones Unidas para Sudáfrica:

"Durante el primer período de la emergencia murieron más de 500 personas como resultado de la violencia policial, y casi 7.800 se vieron detenidas sin cargos ni auto de procesamiento, entre ellas más de 2.000 niños menores de 16 años. Además, 3.600 personas fueron detenidas conforme a las leyes de seguridad. Dos meses después de que se impusiera el segundo estado de emergencia, según ha reconocido la propia Sudáfrica, estaban detenidas 8.551 personas sin cargos ni auto de procesamiento. Según las organizaciones que vigilan la situación de los derechos humanos en Sudáfrica, es posible que el número real se acerque más a las 13.000 personas, además de las 2.200 ya detenidas desde enero de 1986 conforme a la Internal Security Act. Muchos de los detenidos son mujeres y niños, dirigentes eclesiásticos y sindicales, periodistas, jóvenes y dirigentes estudiantiles y de la comunidad. Según se dice, muchos de los detenidos son objeto de malos tratos y de torturas. Son muchos los que han muerto mientras estaban detenidos. En este enfrentamiento en marcha, sólo en el período de enero a mayo de 1986 murieron 754 personas."
(A/41/638, Anexo, párr. 6)

En verdad, las estimaciones proporcionadas el mes pasado por el Comité de Apoyo a los padres de los detenidos indican que el número de detenciones llega este año a más de 23.000.

Evidentemente, el llamado estado de emergencia no es más que una pantalla para disimular la aplicación de una serie de medidas brutales y represivas. Un elemento central de esa pantalla es la supresión de noticias, lo que significa que se ha borrado en gran medida la realidad gráfica de la situación de nuestros periódicos, de nuestras informaciones radiofónicas y de nuestros televisores. Cito nuevamente el informe del Comité de Síndicos del Fondo Fiduciario de las Naciones Unidas para Sudáfrica:

"Las normas vigentes de emergencia que son mucho más amplias y más duras que las anteriores, dan a la policía, el ejército y los servicios de seguridad poderes absolutos de registro sin mandamiento judicial y de detención sin cargos ni auto de procesamiento, así como para imponer toques de queda, proscribir publicaciones, prohibir reuniones, funerales públicos, etc. Como parte de esas normas, se han impuesto limitaciones a la información publicable en la prensa local y la internacional, lo cual desemboca en una supresión virtual de toda información independiente sobre huelgas, detenciones, boicoteos y actividades de protesta." (Ibid., párr. 7)

Es difícil estar en desacuerdo con la evaluación del informe del Comité Especial contra el Apartheid cuando dice que

"Las nuevas y más rigurosas medidas de represión instituidas en junio, la estricta censura, el aislamiento de las poblaciones negras del contacto con el mundo exterior, los arrestos masivos sin hábeas corpus y la continuación e intensificación de las violencias y matanzas policiales representan un tácito reconocimiento por parte del régimen de que ya no puede gobernar, salvo mediante medidas militares y por conducto de métodos del Estado policial." (A/41/22, párr. 83)

La política de apartheid del Gobierno sudafricano ha sido examinada por esta Organización, en una u otra forma, desde hace ya 34 años. Al escuchar las declaraciones en este debate no podemos sino oír los ecos de otros debates a lo largo de los años, en los cuales las delegaciones han expresado persistentemente su repudio y su condena a la política racial del Gobierno de Sudáfrica. Año tras año hemos denunciado, condenado, exhortado, rogado, implorado. Nuestras palabras, frecuentemente vehementes y mordaces al provenir de un pozo de emoción fuerte y de resentimiento profundo, ahora juntan el polvo en las actas de los períodos de sesiones anteriores de la Asamblea. El sistema de apartheid permanece. Su cara implacable, empecinada y desafiante sigue ofendiendo a toda la decencia humana.

Es cierto que el sistema ha sido modificado en algunos aspectos. Pero esos cambios deben confrontarse con la dura realidad de todo el apartheid, basado sobre cientos de leyes diferentes y puesto en vigor de miles de maneras distintas. En nuestra opinión, los cambios han sido diseñados para cambiar la apariencia de las cosas y no la realidad. Los cambios no han afectado el tema central: la política de desarrollo separado. Podría uno, quizá, hablar mejor de adaptaciones que de cambios, porque su objetivo parece ser el de asegurar la supervivencia de la antigua política en nuevas circunstancias.

En verdad que no hay evidencia que sugiera que haya influido en el Gobierno algún cambio fundamental en la ideología racial, o que haya sido abandonado el concepto básico que hace de la raza el principio capital de toda la vida política y social de Sudáfrica. El apartheid sigue siendo hoy exactamente lo que fue desde su comienzo: un sistema político basado en el color. Incontables negros sudafricanos han vivido sus vidas bajo su sombra oscura y nunca han sabido lo que es ser tratados como seres humanos, con plena igualdad en la dignidad y en el valer. Incontables más nacerán en esa misma situación, para enfrentar las mismas perspectivas sombrías, a menos que Sudáfrica pueda ser llevada a abandonar su política deplorable. Al hablar desde esta tribuna el año pasado, el Obispo Desmond Tutu puso la situación en términos conmovedores cuando dijo:

"Dios, danos elocuencia como para que el mundo entienda que todo lo que queremos es ser reconocidos por lo que somos: seres humanos creados a Tu Imagen y semejanza."

Dentro de los límites de sus modestas posibilidades, Irlanda ha tratado de responder al pedido del Obispo Tutú y a los de innumerables otros antes que él, que a lo largo de los años han implorado a la comunidad mundial que repudiara el sistema.

Como una cuestión de política, Irlanda no mantiene relaciones diplomáticas con Sudáfrica. No hay inversión pública irlandesa y el Gobierno no alienta el comercio ni otras relaciones económicas con ese país. Tampoco hay compañías irlandesas con subsidiarias en Sudáfrica y por lo tanto no hay que presentar ningún informe de conformidad con el Código de Conducta de las Comunidades Europeas. Tampoco existen acuerdos culturales entre Irlanda y Sudáfrica, y el Gobierno irlandés actuó decididamente para desalentar los vínculos deportivos.

Con el objeto de promover asistencia humanitaria y legal a aquellos que sufren por la legislación discriminatoria de Sudáfrica y para dar ayuda a sus familias y a los refugiados sudafricanos, Irlanda contribuye de manera regular al Fondo de las Naciones Unidas para el Africa Meridional, al Fondo Internacional de Defensa y Asistencia y al Fondo Asingeni del Consejo Sudafricano de Iglesias. También estamos preocupados por aquellos países del Africa meridional que han sufrido la agresión sudafricana o porque debido a su ubicación geográfica están agobiados por un grado lamentable de dependencia económica de su vasto y frecuentemente hostil vecino. Por lo tanto, Irlanda incluye a tres de los vecinos de Sudáfrica entre los países que necesitan prioritariamente cooperación para el desarrollo.

Sin embargo, mi Gobierno tiene la firme convicción de que sólo con medidas colectivas de la comunidad internacional se logrará persuadir eventualmente a quienes detentan el poder en Sudáfrica a comprometerse realmente a abandonar el apartheid. Por lo tanto, como miembros de la Comunidad Económica Europea, hemos apoyado continuamente la inclusión de medidas conjuntas para presionar a Sudáfrica a aceptar cambios fundamentales, y seguiremos actuando con nuestros asociados de la Comunidad con el fin de fortalecerlas aún más.

Más allá de ello, Irlanda se encuentra entre aquellos que están a favor de la imposición de sanciones obligatorias por parte del Consejo de Seguridad contra Sudáfrica. Al respecto, durante estos años nos hemos sentido complacidos de patrocinar, junto con las delegaciones que piensan como nosotros, el proyecto de resolución sobre medidas internacionales concertadas para la eliminación del apartheid. Entre otras cosas, insta al Consejo de Seguridad a que considere sin demora la imposición de sanciones obligatorias eficaces contra Sudáfrica. De la experiencia del pasado sabemos que no siempre es fácil lograr resultados a través de sanciones; pero, si se dirigen en forma adecuada y se administran cuidadosamente, creemos que la presión internacional que se ejerza sobre Sudáfrica en esta materia puede ser eficaz. Irlanda considera que las sanciones obligatorias

deberían ser cuidadosamente elegidas, selectivas y graduadas. Deben ser impuestas de manera adecuada por el Consejo de Seguridad y aplicadas plenamente por todos para asegurar su eficacia.

Cada año que transcurre se pierden más oportunidades para lograr una transición pacífica hacia una sociedad justa y equitativa en Sudáfrica, que ponga toda su población en un pie de igualdad. Cada vez más se habla de lucha armada. Aunque el propio apartheid es la esencia de la violencia, debemos esperar fervientemente que su fin no conduzca a la violencia. El régimen sudafricano sigue siendo obstinado, pero la Sudáfrica negra está decidida. Desde fuera podemos exhortar y ejercer presión, pero no podemos decidir, qué sucederá finalmente en Sudáfrica, cuándo o cómo sucederá. En última instancia, todo depende de los propios sudafricanos, negros y blancos. Sin embargo, la principal responsabilidad radica en la Sudáfrica blanca, que desde hace 34 años se dedicó a construir e institucionalizar el actual sistema de discriminación racial, y que lo ha mantenido vigente en el transcurso de los años. Si las autoridades sudafricanas siguen ignorando lo que podría ser su última posibilidad de producir un cambio pacífico, sin duda alguna, pagarán el precio de su propia locura. Todo el pueblo de Sudáfrica sufrirá, todos perderán y los efectos desastrosos podrán rebasar a la propia Sudáfrica. El apartheid, como todas las tiranías que han pasado por las páginas de la historia, finalmente debe terminar. Pero no tiene por qué terminar con Sudáfrica en ruinas, si el Gobierno sudafricano permite que prevalezcan la razón, la compasión y la visión.

Sr. VONGSAY (República Democrática Popular Lao) (interpretación del francés): Una vez más la comunidad internacional debe abocarse a considerar el flagelo anacrónico y endémico del apartheid, cuya rápida eliminación se impone implacablemente.

Es reconfortante comprobar que la campaña internacional con miras a eliminar este crimen de lesa humanidad y aislar al Gobierno sudafricano por haber resultado culpable de tal política inhumana contra el pueblo oprimido de Sudáfrica, experimente en este momento un impulso excepcional.

Mi delegación felicita al Comité Especial contra el Apartheid por los esfuerzos que ha realizado para promover e intensificar esta cruzada. Estima que sus programas de actividades merecen ser sostenidos activamente por la comunidad internacional.

La República Democrática Popular Lao, como la mayoría abrumadora de los Miembros de las Naciones Unidas, no mantiene relación alguna con el régimen racista ilegal de Pretoria. Ha condenado y siempre condena con el mismo vigor la política de apartheid del régimen racista ilegal de Pretoria, política que con razón ha sido declarada como un crimen de lesa humanidad por la comunidad internacional.

El Gobierno lao aprueba y aplica escrupulosamente todas las resoluciones respectivas de la Asamblea General y del Consejo de Seguridad. Lamentablemente, es necesario observar que ciertos países occidentales, incluida la Potencia que por su parte practica una política llamada de "participación constructiva", así como sus empresas transnacionales, siguen manteniendo y desarrollando vínculos económicos, políticos, militares, nucleares o de otro tipo con el régimen racista ilegal de Pretoria. Huelga decir que tal política de apaciguamiento y de colaboración activa, que mi Gobierno condena con energía, alienta al régimen racista a persistir en su intransigencia, a pesar de que la opinión pública mundial exige la abolición lisa y llana del apartheid. Vigorizada por esta colusión inmoral, Pretoria ha podido intensificar impunemente su represión bárbara contra la población mayoritaria negra sudafricana e indefensa, en virtud de un decreto ilegal estableciendo el estado de emergencia, de junio pasado. El informe de la Comisión Política Especial nos dice que aproximadamente 20.000 personas, entre ellas 8.000 niños de corta edad, habían sido encarceladas sin juicio por las fuerzas de seguridad sudafricanas, y que un gran número de ellos habían sido torturados hasta la muerte.

La maquinaria represiva de Pretoria azota igualmente al pueblo conquistado de Namibia, cuyo territorio el régimen racista ilegal continúa ocupando impunemente. Pretoria intensificó e intensifica su política criminal de desestabilización mediante la subversión y el chantaje económico contra los países africanos vecinos independientes.

El Gobierno y el pueblo lao se asociaron a la condenación internacional de las fechorías criminales perpetradas hacia fines de mayo y comienzos de junio de este año por el régimen colonial y racista de Pretoria contra Botswana, Zimbabwe, Zambia y Angola. A este respecto es conveniente recordar que dos resoluciones que proponían sanciones selectivas contra Sudáfrica fueron bloqueadas en el Consejo de Seguridad por los vetos de dos países occidentales miembros permanentes del Consejo.

Muy recientemente, la comunidad internacional se ha visto enlutada por la muerte trágica del Presidente Machel de Mozambique, y según una gran parte de la opinión pública internacional, no se ha descartado que las actividades criminales de Pretoria hayan tenido algo que ver en ello.

Este es el mayor obstáculo que se erige en el camino de la abolición del apartheid. Reside, reitero, en la negativa obstinada de Pretoria a aplicar un número impresionante de resoluciones y de decisiones pertinentes de la Asamblea General y del Consejo de Seguridad. Igualmente y sobre todo, se debe a la colusión inmoral y criminal con este régimen demoníaco de que son culpables ciertos países occidentales y otros países.

Estos últimos países no aplican escrupulosamente las resoluciones y decisiones pertinentes de las Naciones Unidas, especialmente las del Consejo de Seguridad que disponen el embargo sobre los armamentos y el petróleo contra Sudáfrica. Lo que es peor aún, estos mismos países desarrollan y fortalecen la capacidad nuclear de Pretoria. La comunidad internacional debe adoptar medidas enérgicas para poner término a la cooperación nuclear, cada vez más activa, entre Sudáfrica e Israel.

Nos alegramos por el hecho de que el Congreso norteamericano y algunos otros países occidentales hayan adoptado sanciones selectivas contra Pretoria. Pero estas medidas resultan ineficaces. El único medio eficaz y verdaderamente disuasivo siguen siendo, a nuestro entender y también a juicio de la abrumadora mayoría de los Miembros de las Naciones Unidas, las sanciones globales obligatorias, en virtud del Capítulo VII de la Carta de las Naciones Unidas.

En este sentido se pronunciaron la Conferencia Mundial sobre Sanciones contra la Sudáfrica Racista y la Conferencia Internacional en pro de la independencia inmediata de Namibia, que se celebraron en junio y julio de este año, en París y en Viena, respectivamente, así como el decimocuarto período extraordinario de sesiones de la Asamblea General, dedicado a Namibia. Cabe desear que las recomendaciones contenidas en las declaraciones y resoluciones finales de esas importantes conferencias puedan aplicarse íntegramente y sin demora.

Es igualmente interesante observar que, en este orden de ideas, durante la Octava Conferencia Cumbre, celebrada en Harare, Zimbabwe, a comienzos de septiembre de este año, los Jefes de Estado o de Gobierno de los Países no Alineados asignaron una alta prioridad al examen de la explosiva situación que prevalecía en el Africa meridional, cuya causa es la política de apartheid del Gobierno ilegal y racista de Pretoria. Los Jefes de Estado o de Gobierno de los Países no Alineados han estigmatizado sin miramientos al autor de este sistema diabólico, así como a todos los culpables de una colusión inmoral, e incluso criminal, con él.

En una declaración especial sobre el Africa meridional, los Jefes de Estado o de Gobierno, al hablar de este flagelo del apartheid y del medio eficaz para abolirlo, se expresaron así:

"Nosotros, los Jefes de Estado o de Gobierno, reafirmamos nuestra decisión y convicción de que, de conformidad con el Capítulo VII de la Carta de las Naciones Unidas, la imposición de sanciones globales y obligatorias contra Sudáfrica constituye la única opción pacífica posible

para obligar al régimen racista de Pretoria a renunciar al apartheid.

En consecuencia, nos adherimos al llamado de la Organización de la Unidad Africana para que el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas se reúna rápidamente para tratar la imposición de sanciones globales y obligatorias contra Sudáfrica previstas en el Capítulo VII de la Carta de las Naciones Unidas." (A/41/697, pág. 83)

Es, pues, deseable que la comunidad internacional, especialmente los países occidentales que aún no lo han hecho - y mientras se espera la adopción de sanciones globales y obligatorias -, aprueben y pongan en práctica una gama de medidas selectivas, enumeradas en la Declaración especial adoptada en la Octava Cumbre de Harare.

Mi delegación se complace ante el espíritu y la letra de los proyectos de resolución, que van en el mismo sentido de la Declaración Especial de Harare y que tiene actualmente a consideración esta Asamblea.

El Gobierno lao se asocia al llamamiento formulado por la comunidad internacional en favor de la liberación inmediata del Sr. Nelson Mandela, destacado dirigente del Congreso Nacional Africano (ANC), encarcelado ilegalmente desde hace 24 años por el régimen racista de Pretoria, así como de todos los demás presos políticos sudafricanos.

El Gobierno y el pueblo lao reafirman su apoyo y solidaridad militantes con el pueblo oprimido sudafricano en la lucha heroica que lleva a cabo, bajo la resuelta dirección del ANC, contra el régimen opresivo y represivo del apartheid y por el ejercicio de su derecho a la libre determinación, a la libertad y la independencia en una Sudáfrica unitaria, democrática y no racial.

Seguimos prestando siempre nuestro apoyo al pueblo namibiano, que lucha obstinadamente, bajo la firme dirección de la Organización Popular del Africa Sudoccidental (SWAPO), su único, legítimo y auténtico representante, contra ese mismo flagelo del apartheid y por la libre determinación y la independencia en una Namibia unida, de conformidad con el espíritu y la letra de la resolución 435 (1978) del Consejo de Seguridad.

Queremos reafirmar nuestro apoyo y solidaridad con respecto a los pueblos y los Gobiernos de los países de la línea del frente, en la justa lucha que libran para preservar su independencia, su soberanía y su integridad territorial, ante los actos de agresión y desestabilización de que son víctimas por la soldadesca sudafricana y otras bandas de mercenarios a sueldo de Pretoria.

Mi delegación sigue convencida de que en un futuro previsible, la lucha justa que libra la comunidad internacional por la abolición del flagelo del apartheid se ha de ver coronada por la victoria final.

Ojalá que los trabajos de este período de sesiones contribuyan de manera decisiva.

Sr. JARRETT (Liberia) (interpretación del inglés): Al participar el año pasado en este debate, mi delegación dejó constancia de su grave preocupación ante el continuo e incesante deterioro de las condiciones políticas y sociales de la población negra de Sudáfrica, producido por la política represiva y opresiva del régimen racista minoritario blanco de Pretoria.

Desdichadamente, esta situación no ha variado y el régimen de apartheid continúa desafiando a la comunidad internacional, al intensificar con impunidad y desprecio su brutalidad y hostigamiento en relación con la población no blanca mayoritaria.

Mi delegación cree que esta obstinación del régimen racista minoritario blanco se ha visto alentada por la renuencia de algunos Miembros de esta Organización a tomar medidas en virtud del Capítulo VII de la Carta de las Naciones Unidas, con miras a aplicar sanciones globales y obligatorias contra Sudáfrica.

Meses de persistentes perturbaciones, convulsiones, encarcelamientos y asesinatos de sudafricanos no blancos han alcanzado ahora proporciones intolerables. No obstante, el Sr. Botha y sus secuaces continúan introduciendo medidas más severas y represivas que, huelga decirlo, no han de quebrantar la resistencia de un pueblo armado con la confianza no sólo en la justicia de su causa, sino también en la inevitabilidad de su victoria.

Sudáfrica ha sido colocada bajo un estado de emergencia, impuesto dos veces por el régimen de apartheid: parcialmente, del 21 de julio de 1985 al 6 de marzo de 1986, y en toda la nación desde el 12 de junio de 1986 hasta la actualidad. Durante el primer período, más de 500 personas fueron muertas por la violencia policial y cerca de 7.800 fueron detenidas, incluyendo a más de 2.000 niños menores de 16 años de edad.

Muchos fueron asaltados y otros torturados durante los interrogatorios. Las fuerzas de seguridad contaban con libertad de acción para hacer lo que quisieran, sin ninguna responsabilidad penal ni civil.

El segundo período de emergencia es aún más represivo que el primero. Esta vez, el régimen de apartheid ha introducido la censura de prensa. Según las normas de esa restricción, la prensa no puede publicar lo que el régimen de apartheid considera artículos "subversivos", término que según su definición tiene interpretaciones amplias y vagas. Por ejemplo, es un delito publicar informes que promuevan los objetivos de liberación; notificaciones de participación en huelgas, de apoyo a boicoteos de manifestaciones o de participación en procesiones, inclusive en procesiones fúnebres. No pueden publicarse los nombres de los detenidos políticos, ni tampoco los movimientos y acciones de las fuerzas de seguridad racistas.

Pese a estas y a otras medidas de represión que toma el régimen de apartheid para amordazar a la población no blanca, en Sudáfrica la violencia continúa e inclusive ha aumentado. La censura estricta, el aislamiento de las municipalidades negras de la observación mundial, los arrestos en masa sin habeas corpus, la continua y creciente violencia y las matanzas policiales, son manifestaciones de la bancarrota del régimen y de su incapacidad para gobernar, salvo mediante la excesiva fuerza militar y la brutalidad policial.

Al respecto, Liberia agradece al Grupo de Personalidades Eminentes del Commonwealth, su informe tan valioso, que en parte dice:

"A juicio del Gobierno, había varios elementos no negociables. Por ejemplo, el concepto de los derechos de grupos - la propia base del sistema del apartheid - es sacrosanto; los territorios patrios, creados en aplicación de dicho concepto no desaparecerían sino que se verían robustecidos con el surgimiento de un Kwandebele "independiente". El principio del sufragio universal en un Estado unitario escapaba al terreno de lo posible. La Population Registration Act seguiría en vigencia y la actual Constitución tricameral, que institucionaliza el racismo, debía ser el vehículo de la futura reforma constitucional."

Además de las presiones internas, el régimen de apartheid se entrega al terrorismo de Estado y ha continuado cometiendo actos de agresión, de subversión y de desestabilización contra Estados vecinos independientes. Los actos de agresión de Sudáfrica contra Angola, en octubre y diciembre del año pasado, fueron

condenados por el Consejo de Seguridad en sus resoluciones 574 (1985), de 7 de octubre de 1985 y 577 (1985), de 6 de diciembre de 1985. Su agresión contra la ciudad portuaria de Namibe en Angola, en junio de este año, fue considerada por el Consejo de Seguridad, pero éste no pudo aprobar una resolución debido a que ciertos Estados Miembros utilizaron el veto. Botswana, Lesotho, Swazilandia, Zambia y Zimbabwe, en uno u otro momento, se han visto atacados, amenazados o sometidos al bloqueo económico impuesto por el régimen racista. Sudáfrica también continúa socavando la economía de Mozambique y prestando apoyo militar al Movimiento Nacional de Resistencia de Mozambique, que lucha contra el Gobierno legítimo de ese país.

El Gobierno de Liberia no ha de apoyar ninguna reforma superficial que tenga como objetivo distraer la atención de la lucha heroica de un pueblo que resiste valerosamente a una fuerza policial armada con los instrumentos de guerra más modernos y perfeccionados. El apartheid no se puede reformar; debe erradicárselo, y cuanto antes mejor, en aras de la paz y de la estabilidad en la región del Africa meridional.

El apartheid es contrario a los principios consagrados en la Carta de esta Organización. Es un crimen de lesa humanidad y su eliminación brinda la única perspectiva para la paz en el Africa meridional. El apartheid debe arrancarse de raíz y tiene que dejar lugar al establecimiento de una sociedad justa y democrática, que abarque a todos los pueblos de Sudáfrica, sobre la base de la igualdad de derechos civiles y políticos y del respeto por el individuo.

A la luz de todo esto, el Gobierno de Liberia toma nota con interés del aumento de la repugnancia internacional ante la política de apartheid. Es un hecho cierto que esta repugnancia avanza, particularmente en aquellos Estados Miembros que, debido a sus importantes relaciones económicas con Sudáfrica se han resistido al llamamiento en pro de sanciones globales obligatorias contra dicho Estado. Sin embargo, mi delegación presta su reconocimiento a los Estados que han apoyado e impuesto sanciones selectivas contra el régimen minoritario racista, y desea exhortar a todos los Estados Miembros de esta Organización que de una u otra forma se oponen a las sanciones contra Sudáfrica a que consideren las consecuencias de dicha acción.

Mi delegación aprovecha esta oportunidad para agradecer al Comité Especial contra el Apartheid, su informe y su valiosa labor para poner fin a este odioso sistema de apartheid.

Sr. AL-SOWADI (Emiratos Arabes Unidos) (interpretación del árabe):

El examen por la Asamblea General de la política de apartheid en Sudáfrica, en estos momentos en particular, constituye una indicación de la importancia de esta cuestión, que muy atinadamente se considera como uno de los temas más importantes que tiene ante sí esta Asamblea General. El Gobierno y el pueblo de los Emiratos Arabes Unidos se sienten gravemente preocupados por la situación que se va deteriorando en esa parte del mundo. Somos muy conscientes de las graves consecuencias que puede tener esta política racista sobre la paz y la seguridad internacionales. La comunidad internacional ha declarado que el apartheid constituye un crimen de lesa humanidad. Las Naciones Unidas han considerado y siguen considerando este problema con la atención que merece.

Las Naciones Unidas han hecho muchos esfuerzos por apoyar los principios de igualdad y promover las resoluciones de hermandad entre los pueblos a fin de que la seguridad y la paz prevalezcan en el mundo. Sin embargo, el régimen racista imperante en Sudáfrica ha hecho oídos sordos a todos los llamamientos internacionales para que renuncie a esa política. Parece determinado a desafiar a la opinión pública mundial y a proseguir su política. Por lo tanto, la crisis se agrava. La vida de la población negra indígena en Sudáfrica, - una población de 24 millones de personas, que constituyen el 75% del conjunto de la población sudafricana - se ha convertido en un verdadero infierno debido a la opresión, el terrorismo, la expropiación de sus tierras y bienes, así como a otras medidas de opresión. Y lo que se aplica a los negros, también vale para las personas llamadas de color, es decir, para los no blancos.

En momentos en que la comunidad internacional está intensificando sus presiones para poner fin a las prácticas racistas, observamos que el régimen imperante en Pretoria trata de engañar a la opinión pública mundial. Procura hacerle creer que el régimen ha comenzado a aplicar algunas reformas, como por ejemplo las modificaciones constitucionales de 1983. Estas enmiendas simplemente atrincheran aún más la política de apartheid y privan a los negros del derecho de votar y decidir en los asuntos del Estado, por el simple hecho de que no están representados en ninguna de las tres cámaras legislativas.

Es, pues, natural, en una situación de este tipo, que la resistencia popular insista en la liberación, pese a las presiones de Estado, lo que lleva consigo una escalada de la violencia.

Cuando este complot fracasó, el régimen de Pretoria recurrió a otra conjura: aislar a los negros de Sudáfrica del resto del mundo, e impuso una censura de las informaciones de prensa. Y en dos ocasiones el país estuvo sometido al estado de emergencia. La primera fue desde el 21 de junio de 1985 hasta el 6 de marzo de 1986. Durante ese período murieron aproximadamente 500 personas, o quizás más. Las fuerzas policiales detuvieron a unas 7.800 personas. Dichas fuerzas estaban autorizadas a recurrir a la violencia con absoluta libertad, sin condición previa alguna. En otras palabras, se desencadenó la represión.

En la segunda oportunidad, el estado de emergencia se inició el 12 de julio de 1986, imponiéndose restricciones a la prensa en todas sus formas, ya fuera gráfica o de otro tipo, y no se permitió a los corresponsales extranjeros que dieran informaciones sobre lo que ocurría.

La política racista del régimen de Pretoria no se ha detenido en las fronteras de Sudáfrica. Ha ido más allá. Sudáfrica ha recurrido a la agresión activa contra sus vecinos africanos independientes, lanzando incursiones militares.

Por todo ello, mi delegación se asocia a las demás delegaciones amantes de la paz que están preocupadas ante los acontecimientos de Sudáfrica. Este problema ahora ha comenzado a adquirir una dimensión internacional muy grave. El problema empeora cada día y aumenta en volumen merced a la escalada de la violencia desatada por el régimen racista de Pretoria y por sus agresiones.

El representante de Israel, en su declaración formulada en la Asamblea ayer por la mañana, trató - como es su costumbre - de desviar la atención de la comunidad internacional y de los miembros de la Asamblea General del tema que se debatía, a saber, la política de apartheid de Sudáfrica.

En una tentativa de defender la cooperación de Israel con el régimen sudafricano, trató de engañar a la Asamblea General inventando estadísticas y cifras relacionadas con una seudocooperación entre Israel y Sudáfrica.

Comprendemos perfectamente que esa tentativa tiene por objeto dividir la solidaridad árabe en lo que se refiere al régimen de Sudáfrica y de Palestina. Pero queremos recordar al representante de Israel que los países árabes exportadores de petróleo fueron los primeros que tomaron la iniciativa de imponer un boicot petrolero al régimen racista de Sudáfrica, antes de que cualquier organización internacional tomara esa medida. Y esto se debió a nuestros principios, que están totalmente en contra del racismo.

En segundo lugar, nos enorgullece mucho decir que no hay un solo Estado árabe que tenga tipo alguno de relaciones - diplomáticas, comerciales, económicas o políticas - con Sudáfrica. Al mismo tiempo, Israel está unido por muchos lazos con Sudáfrica, sobre todo por relaciones militares. Tales relaciones son consideradas la amenaza más grave para la estabilidad en Sudáfrica. Mi delegación, que habló sobre el tema de la cooperación nuclear entre Sudáfrica e Israel en forma más detallada en las deliberaciones de la Quinta Comisión, no desea repetir aquí lo que ya declaró en ese otro órgano.

En tercer lugar, la cooperación de Israel con Sudáfrica está documentada en muchos textos de las Naciones Unidas, así como en resoluciones de la Asamblea General.

Cuarto: además de todos estos tipos de colaboración, Israel comparte las ideas y la ideología con Sudáfrica, una ideología basada en la discriminación racial y religiosa. El Ministro de Relaciones Exteriores del Congo, en nombre de la Organización de la Unidad Africana (OUA) dijo lo siguiente durante las deliberaciones del decimocuarto período extraordinario de sesiones de la Asamblea General dedicado a tratar la cuestión de Namibia:

"... Sudáfrica, ese monstruo incalificable de nuestra era, que no tiene ningún parecido con ningún otro Estado del mundo contemporáneo salvo con Israel o la Alemania nazi." (A/S-14/PV.1, pág. 24-25)

Hay que preguntarse lo siguiente: ¿acaso Israel ha modificado su política en lo que se refiere al régimen racista de Sudáfrica? De ser así, cabe hacerse una segunda pregunta. ¿No sería mejor que Israel revisara su política basada en la discriminación religiosa y racial contra el pueblo palestino y en la ocupación de su territorio y la explotación de ese pueblo? Desafiamos al representante de

Israel a que declare que su país ha roto relaciones con el régimen racista de Sudáfrica. Lo desafiamos a que declare que ha abandonado sus prácticas racistas y a reconocer ante esta Asamblea los derechos inalienables del pueblo palestino.

Los Emiratos Arabes Unidos reiteran una vez más su apoyo a la lucha heroica que libra el pueblo de Sudáfrica por conseguir su derecho legítimo a vivir en una atmósfera de libertad y de paz.

Creemos que las medidas adoptadas en el pasado no han bastado para eliminar este régimen racista. Consideramos que es necesario tomar medidas más firmes y determinadas. Tenemos que concentrarnos en la aplicación a fondo de las resoluciones que piden al régimen de Sudáfrica que renuncie a su política. Tomemos medidas claras a fin de ejercer presión sobre el régimen racista y obligarlo a renunciar a esa política mediante un embargo total.

Mi país ha auspiciado, en consecuencia, todas las resoluciones que se han presentado al Consejo de Seguridad este año en las que se pide la imposición de sanciones globales y obligatorias contra Sudáfrica. Creemos que ha llegado el momento de que la comunidad internacional y todos sus miembros apliquen al régimen de Pretoria las sanciones que contempla el Capítulo VII de la Carta de nuestra Organización.

Sr. KASIRYE (Uganda) (interpretación del inglés): Hay algunos que durante largo tiempo trataron de hacernos creer que la negociación pacífica con el régimen racista era el único camino para lograr el éxito en el desmantelamiento del sistema pernicioso del apartheid. Con este fin, instaron a los movimientos de liberación a renunciar al derecho de emplear la lucha armada contra el régimen minoritario. Por cierto, ha sido la política declarada de algunos no tener ningún trato con los movimientos de liberación hasta que estos renunciaran a la violencia.

La política de la no violencia no es nada nuevo para los movimientos de liberación. Esos hijos e hijas de Sudáfrica que elaboraron la Carta de la libertad como patrón a seguir en la lucha de los pueblos en favor de la libertad, la igualdad, la justicia, la dignidad humana y la libre determinación también creyeron en el diálogo pacífico y trataron de llevar al régimen racista por esa vía. El régimen respondió asesinando a pacíficos manifestantes en Sharpeville. Este rechazo deliberado por el Gobierno sudafricano de las relaciones pacíficas con la mayoría negra del país sigue siendo hoy, como lo fuera entonces, la piedra angular de su política de apartheid. Está meridianamente claro que ninguna relación constructiva con el régimen le hará modificar su postura.

En mayo de este año, en tanto que el Grupo de Personalidades Eminentes del Commonwealth celebraba consultas en Sudáfrica tendientes a fomentar un proceso de negociaciones pacíficas entre el régimen y la población mayoritaria, las fuerzas racistas desencadenaron ataques no provocados contra Botswana, Zambia y Zimbabwe. La bofetada administrada al Grupo de Personalidades constituyó un acto deliberado y calculado de desafío lanzado no sólo a la faz del Commonwealth sino a la de la comunidad internacional en su conjunto y mostró claramente que el régimen de Pretoria no tenía la más mínima intención de dismantelar el odioso sistema de apartheid. De hecho, la política de apartheid se reiteró durante el Congreso Federal del Partido Nacional en el poder en agosto de este año.

El régimen sudafricano ha frustrado todos los esfuerzos orientados hacia la solución pacífica de las causas subyacentes de la inestabilidad en Sudáfrica; ha desafiado con tenacidad a la comunidad internacional a propósito de Namibia; firmó el Acuerdo de Nkomati sabiendo muy bien que no tenía intención de cumplir con sus disposiciones. No sólo sigue ocupando una parte del territorio de Angola sino que, además, arma y financia, junto con los Estados Unidos de América, la guerra traidora de la UNITA contra el pueblo de Angola. Desestabilización, intimidación y violación de la integridad territorial de los Estados vecinos constituyen el pan nuestro de cada día.

En el interior desarrolla una campaña sistemática de proscripciones, detenciones, deportaciones, torturas, incendios, asesinatos, matanzas, etc., contra la población negra pese a la protesta universal. Mujeres, niños, sacerdotes e incluso lugares de culto no se han salvado de esto. Ahora que la prensa ha quedado satisfactoriamente amordazada posiblemente no sabremos nunca cuál es el número exacto de las víctimas de estas medidas draconianas.

El pueblo negro de Sudáfrica ha seguido la senda de la paz y se ha encontrado con una muralla. Los llamamientos a la razón hechos por dirigentes tales como Nelson Mandela, el Arzobispo Desmond Tutu, el Reverendo Allan Boesak y muchos otros han caído en oídos de mercader. El liderazgo de la UDF, de la COSATU, de la Unión Nacional de Estudiantes Sudafricanos y otras organizaciones se ha visto hostigado, proscrito, encarcelado o detenido. ¿Qué derecho tenemos nosotros de pedir a la mayoría negra de Sudáfrica que renuncie a la violencia ante este estado tremendamente inspirado por la violencia? ¿Por qué los Estados Unidos de América, por ejemplo, arman a los contras en Nicaragua y a los seguidores de Savimbi en Angola y al mismo tiempo exige a los movimientos de liberación sudafricanos que abandonen las armas?

El Gobierno del Movimiento Nacional de Resistencia de Uganda cree que el pueblo negro de Sudáfrica ha alcanzado un nivel elevadísimo de movilización política, especialmente en los centros urbanos. La canallesca matanza de mujeres y niños inocentes por el régimen racista no asfixiará la justa lucha en pro de la igualdad y de la libertad. El momento de la retórica conciliadora pertenece al pasado. La comunidad internacional tiene ahora el deber de recoger el guante moral que se le ha lanzado y apoyar en una forma significativa la lucha de liberación en Sudáfrica y en Namibia. Pedimos apoyo material y logístico para la lucha armada y asistencia adecuada a los Estados de la línea del frente en la resuelta defensa de su soberanía. Instamos a los luchadores por la libertad de la propia Sudáfrica a que elaboren una estrategia coherente de lucha a fin de aprovechar plenamente la determinación de las masas de desafiar al odioso sistema de apartheid.

El apartheid será destruido en Sudáfrica por los sudafricanos, no aquí en Nueva York. Lo mejor que podemos hacer desde aquí y desde nuestras respectivas capitales es tratar de impedir un baño de sangre en Sudáfrica. Por esta razón, mi delegación ha propugnado siempre la imposición de sanciones globales y obligatorias contra Sudáfrica. Lo hemos hecho así sabiendo a ciencia cierta que esta medida por sí sola probablemente no permitirá que desaparezca el régimen sudafricano. Además, lo hemos hecho así con pleno conocimiento de que los negros de Sudáfrica probablemente sean los que más sufran como consecuencia de las sanciones. Nadie puede apreciar esto mejor que los propios negros sudafricanos y, sin embargo, prácticamente todos sus dirigentes han reclamado sanciones obligatorias como medio para modificar el régimen antes de que sea demasiado tarde.

Mi delegación opina que la imposición de sanciones indicaría muy claramente cuán grave es nuestra preocupación en relación con los acontecimientos de Sudáfrica y haría conocer al régimen de Pretoria nuestra resolución de hacer algo al respecto. Se han impuesto sanciones en otros casos. ¿Por qué ha de ser diferente el caso de Sudáfrica?

Para terminar, deseo expresar el aprecio de mi delegación por la brillante labor realizada por el Comité Especial contra el Apartheid bajo la capaz presidencia del Embajador Joseph Garba. El informe presentado constituye una vez más una vasta documentación sobre los excesos perpetrados por el régimen racista en sus tentativas para mantenerse en el poder.

Sr. LOPEZ (Filipinas) (interpretación del inglés): Hace 34 años, en una nota dirigida al Secretario General de las Naciones Unidas, 12 Estados Miembros asiáticos y árabes, incluyendo las Filipinas, pidieron a la Asamblea General que considerara el tema "La cuestión del conflicto racial en Sudáfrica resultante de las políticas de apartheid del Gobierno de la Unión Sudafricana".

Incluso en ese momento, sólo seis años después que se planteara la cuestión del injusto tratamiento de los no blancos en Sudáfrica por primera vez en la Asamblea General, aquellos 12 Estados habían reconocido ya la urgente necesidad de que la cuestión fuera estudiada por la Asamblea General. Señalaron a la atención el hecho de que el conflicto racial en Sudáfrica, resultante de la política de apartheid del Gobierno sudafricano, estaba creando una situación peligrosa y explosiva que constituía tanto una amenaza a la paz internacional como una violación flagrante de los principios básicos en materia de derechos humanos y libertades fundamentales.

No llevó mucho tiempo para que la gran mayoría de los Estados Miembros de las Naciones Unidas reconocieran que los temores de aquellos 12 Estados estaban bien fundados. El régimen de minoría racista de Sudáfrica promulgó una ley tras otra en apoyo de su inhumana política de apartheid, proclamando la superioridad de la minoría blanca sobre la mayoría de no blancos, despojando a los negros sudafricanos de su libertad, sus derechos humanos básicos y su dignidad. Aquellos que se atrevieron a protestar fueron muertos o encarcelados.

Los repetidos llamamientos y peticiones de los Estados Miembros de las Naciones Unidas al régimen racista minoritario de Sudáfrica para que pusiera fin al apartheid cayeron en oídos sordos. La Sudáfrica del apartheid se convirtió en la fortaleza de todo lo que es contrario a los principios reconocidos en la Carta de las Naciones Unidas. De hecho, el apartheid se convirtió en un baldón en la conciencia de la humanidad.

Por estar asociado con las Naciones Unidas desde su nacimiento, puedo decir francamente que ninguna otra cuestión que figure hoy en el Programa de la Asamblea General ha merecido una atención más intensa y continua de la Asamblea General que el problema del apartheid.

Debido a su determinación de defender al pueblo negro de Sudáfrica y a su oposición al apartheid, Filipinas se unió al Comité Especial contra el Apartheid desde su creación en 1962. Filipinas ha seguido apoyando el trabajo del Comité Especial así como los movimientos anti-apartheid en general, los movimientos de

liberación reconocidos por la Asamblea General y la Organización de la Unidad Africana. Filipinas aplicó el primer llamamiento de la Asamblea General en pro del cese de las relaciones diplomáticas con Sudáfrica y la imposición de un embargo comercial contra ella. Filipinas es un Estado parte en la Convención Internacional sobre la Represión y el Castigo del Crimen de Apartheid. Recientemente tuve el privilegio de suscribir, en nombre del Gobierno filipino, la Convención Internacional contra el Apartheid en los Deportes.

Filipinas siempre ha apoyado las numerosas resoluciones de la Asamblea General en que se pide el aislamiento total de Sudáfrica como medio pacífico para eliminar el apartheid. En 1974 el voto de Filipinas en la Comisión de Verificación de Poderes fue importantísimo para suspender al régimen racista minoritario de Sudáfrica. Filipinas ha participado activamente en el Comité Especial, ya sea como miembro, como Relator o como Presidente del Grupo de Trabajo sobre la Mujer y el Niño.

¿Cuántas resoluciones más tendrán que aprobar la Asamblea General y el Consejo de Seguridad antes que pueda persuadirse al Gobierno de Sudáfrica de que escuche el llamamiento de la comunidad internacional y desmantele su funesta política de apartheid? Todos nosotros somos conscientes de que el régimen ha recurrido a toda clase de añaegas y cambios superficiales para engañar a las Naciones Unidas y al pueblo negro oprimido de Sudáfrica, pero habiendo descubierto esas añaegas y esos cambios superficiales, debo declarar ahora mismo que no bastan. Las Naciones Unidas han rechazado la creación de los fraudulentos bantustanes o territorios patrios, la política del llamado desarrollo separado, así como la Constitución del régimen del apartheid que deja de lado a la mayoría africana negra. La comunidad internacional no puede permitirse el lujo de otro Sharpeville y otro Soweto. Incluso ahora, cuando las Naciones Unidas deliberan sobre este tema por enésima vez, el pueblo negro de Sudáfrica, incluyendo mujeres y niños, es torturado, mutilado y asesinado.

Ya es hora de que esta Organización exija al régimen del apartheid de Sudáfrica que cese de inmediato en su intransigencia y que negocie con los dirigentes negros de Sudáfrica que encabezan los movimientos de liberación, el Congreso Nacional Africano (ANC) y el Congreso Panafricanista de Azania (PAC), a fin de desmantelar el apartheid y establecer una sociedad democrática y multirracial en Sudáfrica. Ha llegado la hora de que Sudáfrica libere a todos los presos políticos, blancos y no blancos. Redunda en beneficio del propio régimen sudafricano escuchar el llamamiento de la comunidad internacional para abolir el apartheid.

Recientemente, el Commonwealth, en una tentativa por resolver el problema, constituyó un Grupo de Personalidades Eminentes para entablar un diálogo con los dirigentes del régimen del apartheid. Todos sabemos que ese Grupo de Personalidades Eminentes fracasó en su misión, y no por falta de determinación o buena voluntad, sino por la intransigencia del régimen racista minoritario.

Mi delegación celebra la medida adoptada por el Congreso de los Estados Unidos de América de aplicar sanciones selectivas contra Sudáfrica. También alientan a mi delegación las medidas encaminadas a retirar las inversiones que cada vez más aplica el mundo de los negocios en el ámbito internacional. Expresamos la esperanza de que los gobiernos interesados tengan la voluntad política de ir más allá y apoyar el llamamiento casi universal de sanciones completas y obligatorias contra Sudáfrica.

Se ha aducido el argumento especioso de que las sanciones obligatorias y completas perjudicarían más a las víctimas del apartheid que a quienes lo practican, pero esa es la voz de un humanitarismo falso que coloca la comodidad y la conveniencia sobre la dignidad humana, y debemos hacer caso omiso de él.

La situación de Sudáfrica es sumamente crítica. El pueblo negro oprimido está decidido a conquistar su libertad y su dignidad humana a costa de su propia vida. Si la comunidad internacional desea evitar la catástrofe de una guerra civil, el único medio pacífico que queda es el aislamiento total de Sudáfrica.

A la espera de la imposición de sanciones obligatorias, las Filipinas seguirán respaldando la labor del Comité Especial. A estas alturas, deseo aprovechar la oportunidad para expresar las felicitaciones de mi delegación al Sr. Joseph Garba, de Nigeria, Presidente del Comité Especial, a los miembros que lo integran y al Centro contra el Apartheid por sus esfuerzos incansables en la lucha contra el apartheid.

Mi delegación apoya plenamente las recomendaciones del Comité Especial tal como figuran en su informe y pide a todos los Estados Miembros que respalden el programa de trabajo del Comité.

Mientras aún queda tiempo, libremos una guerra pacífica contra el apartheid. Las Filipinas instan a los miembros del Consejo de Seguridad a que apoyen la imposición inmediata de sanciones amplias y obligatorias contra Sudáfrica. Aislemos al régimen racista hasta que sus dirigentes vuelvan a la razón y demantelen el apartheid.

En su primera alocución ante la Asamblea General en el curso del cuadragésimo primer período de sesiones la Presidenta Corazón C. Aquino reafirmó el compromiso del Gobierno de las Filipinas con la lucha del pueblo negro oprimido de Sudáfrica, así como su plena solidaridad. Como ella lo expresara:

"Es justo que cada uno de nosotros desempeñemos nuestro papel en la creación de una atmósfera de cambio en Sudáfrica. Filipinas apoyará toda acción de la comunidad internacional encaminada al advenimiento de la paz y la libertad en Sudáfrica y a mostrar solidaridad con su pueblo."

(A/41/PV.5, pág. 7)

Sr. WIRYONO (Indonesia) (interpretación del inglés): Después de otro año traumático de opresión racista y de violencia en Sudáfrica, la crisis cada vez más profunda que sufre ese país asolado por la lucha sigue siendo el desafío político y moral más punzante que enfrentan las Naciones Unidas. Indonesia está gravemente preocupada de que el progresivo deterioro de la situación muy pronto pueda eclipsar todos los esfuerzos y todos los caminos hacia un cambio pacífico y sumergir a Sudáfrica en un caldero de conflagración racial y en una tragedia humana inconcebible.

Las dimensiones siempre crecientes de la polarización y del conflicto en Sudáfrica han alcanzado ahora proporciones sin precedentes. Nunca antes la fuerza bruta había sido aplicada en forma tan indiscriminada y despiadada para poner en

vigencia un sistema que institucionalizara el racismo y la dominación racial. Sin embargo, nunca antes la unidad de la mayoría negra oprimida ha estado tan movilizada, ni ha sido tan desafiante la resistencia popular contra el régimen. Nunca antes las masas combatientes han demostrado en forma tan clara que no es un episodio la resistencia sin tregua, y el entusiasmo y el fervor revolucionarios se han extendido virtualmente a cada aldea y a las zonas rurales más aisladas de Sudáfrica. Por cierto, el curso de los acontecimientos de los últimos años demuestra que la situación en Sudáfrica ha cambiado tan radicalmente que no puede haber un regreso al statu quo ante.

Sin duda alguna, la responsabilidad por la situación explosiva de Sudáfrica radica en el régimen racista de Pretoria, que ha rechazado todas las iniciativas de las Naciones Unidas para que el conflicto se resolviese recurriendo a la razón y a una justicia elemental, de conformidad con los preceptos de la Carta. En lugar de escuchar el llamamiento de la comunidad internacional de abandonar el apartheid, ha acelerado la campaña de terrorismo estatal contra la mayoría negra mediante la imposición del estado de emergencia y de otras medidas draconianas. Incluso la censura total de la prensa decretada por Pretoria no ha podido ocultar a la opinión pública su política y prácticas de genocidio. Es raro que transcurra un día sin tener noticias de negros inocentes que resultan muertos o heridos por la violencia policial. El uso de la fuerza indiscriminada por el régimen racista ha causado desde fines de 1984 cerca de 3.000 víctimas. Los que no han sido apaleados o asesinados en las calles se han visto sometidos a detenciones y arrestos arbitrarios. Las desapariciones, los secuestros y los asesinatos de activistas políticos se han convertido en una cosa común. Sólo en 1985 más de 36.000 hombres, mujeres y niños fueron encarcelados por participar en protestas pacíficas contra el apartheid. Y una vez detenidos, los aguardaban los malos tratos, las torturas y demasiado a menudo la muerte.

No obstante, este historial obscuro de brutalidad despiadada y de violencia no ha disuadido la lucha valiente de la Sudáfrica negra en pro de la justicia y la igualdad. Por el contrario, ha galvanizado a las masas oprimidas en un frente sólido de resistencia que ya no puede ser contenido en modo alguno. En realidad, luego de dos años de un estado de emergencia prácticamente ininterrumpido, Pretoria no ha tenido éxito en su deseo de "normalizar" el país. Sudáfrica puede calificarse hoy con razón como un Estado guarnición al borde de un guerra civil total.

El apremio con que la comunidad internacional debe ocuparse de la situación en Sudáfrica se torna más evidente en razón de la continua ocupación ilegal de Namibia por Pretoria. Ante la lucha decidida del pueblo namibiano, el régimen ha escogido un rumbo autodestructor al aumentar constantemente la represión militar. Al propio tiempo, prosigue con sus agresiones contra los Estados africanos vecinos con la vana esperanza de hacer realidad sus designios hegemónicos en el África meridional.

En pos de esta meta, Pretoria ha seguido constantemente una política de desestabilización y de subversión contra los Estados africanos de la línea del frente. Indonesia condena categóricamente los ataques no provocados perpetrados a principios de este año por las fuerzas militares del régimen racista en los territorios de Botswana, Zambia y Zimbabue, y más recientemente contra Angola. El hecho de que esos ataques coincidieran con la iniciativa del Grupo de Personalidades Eminentes de los países del Commonwealth para hacer un intento de último momento por tornar menos explosiva la situación en Sudáfrica sólo sirve para reafirmar la falta de voluntad y la incapacidad del régimen racista de iniciar un cambio fundamental que conduzca a una sociedad justa. El juicio que llama a la cordura formulado por ese Grupo confirma nuestros peores temores de que

"frente a la contumacia y a la intransigencia de Pretoria, una conflagración social de consecuencias aterradoras amenaza en un futuro previsible."

El Grupo llegó, además, a la conclusión de que la presión económica

"puede ofrecer la última oportunidad de evitar lo que sería el peor baño de sangre desde la segunda guerra mundial."

Por ende, no puede haber más demoras en la aplicación de medidas internacionales eficaces para poner fin de inmediato a la represión y lograr la liberación de todos los prisioneros y detenidos políticos. A estos pasos iniciales debe seguir un proceso de negociaciones entre los auténticos representantes del pueblo para el desmantelamiento del apartheid y la creación de un gobierno democrático no racial, de conformidad con los preceptos fundamentales del sufragio universal.

No obstante, también resulta sumamente claro que ese proceso no puede ponerse en marcha mientras ciertos sectores continúen oponiéndose a las sanciones obligatorias contra Sudáfrica, porque las sanciones, para que tengan consecuencias significativas, deben contar necesariamente con el respaldo de toda la comunidad internacional, sin excepción alguna. Sin embargo, algunos Estados y empresas multinacionales han seguido manteniendo amplias relaciones económicas con Sudáfrica e inclusive le han prestado asistencia militar. Esas relaciones, que son políticamente insostenibles y moralmente repugnantes, han contribuido sin medida al poderío militar sudafricano y a su capacidad para desafiar a la comunidad internacional y, por lo tanto, deben cesar.

Al respecto, ha habido cierto accionar alentador en otra dirección. Al enfrentarse con una situación en rápido empeoramiento en Sudáfrica, aun sus amigos personales juzgaron apropiado prestar apoyo a la decisión del Consejo de Seguridad que, por primera vez, insta a la imposición de sanciones económicas específicas, como se dispone en su resolución 569 (1985). Es también alentador observar otras sanciones impuestas por los Estados y la Comunidad Europea, así como las actitudes de algunos Estados e instituciones financieras internacionales, como el Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Mundial. Si bien celebra esas decisiones y medidas, Indonesia considera que lo hecho todavía se encuentra muy lejos de estar a la altura de esa crítica situación.

Las sanciones tendrán éxito sólo cuando los poderosos amigos de Sudáfrica, cuyas políticas pueden marcar una diferencia, reconozcan, y lo hagan ya, que se ha acabado el tiempo de los titubeos y las medidas a medias. Es hora de que reconozcan que las supuestas reformas anunciadas por Pretoria no son más que cambios superficiales, simples gestos que no afectan lo esencial del sistema del apartheid y que tienen como único objeto aplacar a sus partidarios del exterior.

Si realmente estuvieran comprometidos con el desmantelamiento de ese sistema inhumano, les correspondería entonces laborar con sinceridad junto a la comunidad internacional para lograr el aislamiento total del régimen racista, ya que ésta podría ser nuestra última opción en pos de un cambio no violento que conduzca a una sociedad no racial, igualitaria y pluralista en Sudáfrica.

Mi Gobierno hace ya tiempo está convencido de que solamente las sanciones obligatorias y globales en virtud del Capítulo VII de la Carta de las Naciones Unidas pueden obligar a Sudáfrica a ceder. Con este fin, respaldamos los llamamientos hechos por la Conferencia Mundial sobre Sanciones contra la Sudáfrica Racista, celebrada en París en junio, y por la Octava Conferencia Cumbre de los Países no Alineados, que se llevó a cabo en Harare hace dos meses, para que el Consejo de Seguridad cumpliera su responsabilidad solemne a fin de hacer frente en forma eficaz al desafío arrogante planteado al prestigio y la autoridad de esta Organización.

Pero como el Consejo de Seguridad no ha superado aún su capacidad de adoptar medidas obligatorias significativas, no podemos darnos el lujo de seguir aguardando. Indonesia respalda plenamente el llamamiento en pro de un acatamiento estricto del embargo obligatorio de armas, que debe ser fortalecido para incluir la cooperación nuclear, el suministro de rubros de doble propósito y todas las inversiones en Sudáfrica que tengan aplicación militar. De manera conexa, también debe fortalecerse el embargo de petróleo para impedir la corriente ilegal de este combustible a Sudáfrica por medios clandestinos. Otras esferas que merecen nuestra atención inmediata son la campaña en contra de las inversiones y la cesación de todas las relaciones financieras y comerciales con Sudáfrica, así como todos los aspectos de los contactos sociales, culturales y deportivos con ese país, que sólo sirven para conferir una aureola de legitimidad y respetabilidad a un régimen fuera de la ley. El aislamiento de la Sudáfrica del apartheid debe seguir siendo nuestro objetivo principal.

Elemento esencial de un programa de sanciones es la asistencia a los pueblos combatientes de Sudáfrica y Namibia y a sus movimientos de liberación, así como a los Estados africanos de la línea del frente, todos los cuales deben contar con una ayuda sustancialmente mayor.

Por su parte, Indonesia siempre ha acatado estrictamente todas las sanciones obligatorias y voluntarias, todos los boicots y embargos, y no establecerá relaciones de ningún tipo con la Sudáfrica del apartheid hasta que los pueblos de Sudáfrica y Namibia logren la emancipación y la independencia genuinas. Como miembro del Comité Especial contra el Apartheid y del Consejo para Namibia, Indonesia no claudicará en su decisión de realizar todas las aportaciones posibles para proteger y promover los derechos inalienables de los pueblos de Sudáfrica y Namibia. Dentro de sus medios limitados, mi Gobierno también se ha empeñado en prestar asistencia material y financiera a la lucha contra el apartheid y a la causa de la independencia de Namibia, y seguirá haciéndolo.

Para concluir, mi delegación desea expresar su firme conocimiento de que la marcha hacia la eliminación inexorable del apartheid se ha acelerado y que sus días están contados. Es el comienzo del fin: el fin de la pesadilla que los pueblos de Sudáfrica y Namibia y la región toda han debido soportar durante demasiado tiempo; el fin de la indignidad y la degradación humana que representa el apartheid para todo el continente de Africa; y el fin de la mácula del apartheid en la conciencia de toda la humanidad.

En este momento crucial, la comunidad internacional tiene el deber de demostrar acabadamente a Sudáfrica su decisión y su solidaridad de no dar respiro alguno al régimen racista hasta que el apartheid sea abolido para siempre y Namibia haya recuperado su independencia.

Nawab Mohammed YAMIN KHAN (Pakistán) (interpretación del inglés): Una minoría racista altanera en Sudáfrica ha convertido el sistema infame del apartheid en un instrumento gubernamental que le ayuda a perpetuar su potestad sobre su pueblo autóctono desafiante. Al hacerlo, lanza un reto a la conciencia y la dignidad de la humanidad y comete un crimen de lesa humanidad que la comunidad internacional con tanta razón y constancia ha denunciado.

Durante años se nos ha hablado de necesidades estratégicas, percepciones entre Oriente y Occidente, desequilibrios económicos, caos social y otras excusas y argumentos mendaces, cuyo resultado final ha sido envalentonar al régimen de Pretoria para que siga desafiando a la opinión pública mundial y prosiga aplicando impunemente su política ilegal e inhumana. ¿Acaso la comunidad internacional puede permitir que siga supurando este tumor, decenio tras decenio, mientras millones y millones de personas inocentes padecen sus consecuencias indignantes?

No puede permitirse que esas afrentas y ultrajes continúen sin merma. Sudáfrica se ha negado a responder al lenguaje de la razón. Por eso, la Asamblea General, haciéndose espejo de los deseos de la comunidad internacional, ha declarado solemnemente que sólo la erradicación total del apartheid y la instauración de una sociedad democrática y no racial, basada en el gobierno de la mayoría, podría conducir a una solución justa y perdurable de la situación explosiva que existe en Sudáfrica.

Aquellos que creen que después de todos estos años es posible un diálogo con el régimen racista para alentarlos a dismantlar el sistema inmoral, inaceptable e inhumano sólo tratan de alentar sus apetitos para desencadenar aún más el reino del terror y de la opresión, en un desesperado intento de mantener y perpetrar los horrores y las indignidades del apartheid.

Todos los esfuerzos para que Sudáfrica inicie un diálogo con miras a la eliminación del apartheid han fracasado. La política de la participación constructiva no ha dado resultados. El régimen racista inició ataques armados contra los países vecinos - Botswana, Zambia y Zimbabwe - en momentos en que el Grupo de Personalidades Eminentes llevaba a cabo consultas en Sudáfrica. Esta actitud debiera transmitir un mensaje claro a aquellos que creen que la imposición de sanciones contra el régimen racista es inmoral, o que es posible un diálogo con Pretoria.

Si el régimen de Pretoria considera que puede esclavizar para siempre a un pueblo, está cegado por su propia insolencia. Ni el aumento de la represión y el terror, ni el acrecentamiento de la cantidad de armas, e inclusive la adquisición de la capacidad en materia de armas nucleares, pueden diluir las aspiraciones legítimas del pueblo de Sudáfrica. La imposición de un estado de emergencia, la matanza de personas inocentes, el encarcelamiento de hombres, mujeres y niños no pueden contener su brega por la libertad. Si el régimen racista piensa que puede ocultar sus hechos innobles y odiosos a través de la introducción de censuras a la prensa local y extranjera, sólo está tratando de escapar a la realidad.

Estamos presenciando una profunda crisis en Sudáfrica. El aumento de la violencia ha conducido a un acrecentamiento de la resistencia popular y a intensificar la lucha por la libertad. En su campaña de terror y de virtual genocidio, el régimen de apartheid ha militarizado aún más el aparato represivo del Estado. En su último informe el Comité Especial contra el Apartheid ha señalado a la atención esta trágica situación:

"En las aldeas la mayoría de la población autóctona ha sido sometida a la cruel aplicación del estado de emergencia. Las tropas no sólo ocupan y patrullan las aldeas negras, sino que también son desplegadas en las escuelas, que recientemente han sido rodeadas por alambradas. Miles de oponentes del apartheid han sido detenidos y muchos de ellos, incluidos niños y jóvenes, han sido tiroteados en las calles, torturados, juzgados o de alguna otra manera perseguidos."

No contentos con esta creciente represión salvaje de la mayoría de la población sudafricana, el régimen de Pretoria ha recurrido a la política agresiva de la intimidación, la coacción y la desestabilización, tanto militar como económica, contra los Estados de la línea del frente. Asimismo, instiga y apoya a los grupos subversivos que llevan a cabo actos de terrorismo en esos países. La agresión permanente del régimen racista, su acrecentamiento militar y sus planes de expansión nuclear plantean una verdadera amenaza para la paz y la seguridad internacionales. Ahora resulta más necesario que nunca adoptar medidas inmediatas y resueltas de carácter internacional para procurar de manera rápida la eliminación del sistema de apartheid.

El 31 de enero de 1986 el régimen minoritario racista declaró que el apartheid era anacrónico y que se habían instituido algunos cambios superficiales. Sin embargo, el pilar fundamental del apartheid sigue siendo la fuerza. El apartheid no puede ser reformado, sino que debe ser eliminado totalmente. El destino de Sudáfrica debe ser decidido por todo el pueblo de ese país, ejerciendo su derecho a la libre determinación, independientemente de su raza, color, sexo o credo. El logro de este objetivo requiere, asimismo, esfuerzos colectivos y decididos de la comunidad internacional.

La comunidad de naciones tiene la responsabilidad moral de estructurar y aplicar medidas eficaces para eliminar el apartheid. La comunidad internacional está en condiciones de influir en el resultado de la lucha que se libra contra este aborrecible sistema. No es un secreto que la terquedad del régimen de Pretoria se basa en el apoyo y la ayuda que recibe de aquellos que procuran extraer beneficios de la explotación en Sudáfrica. La economía de Sudáfrica, sin embargo, es vulnerable a sanciones aplicadas de manera rigurosa. El argumento de que las sanciones perjudicarían a la mayoría de la población sudafricana y a los Estados de la línea del frente carece de validez, puesto que la propia población africana ha declarado su disposición a aceptar cualquier situación difícil, en lugar de la opresión racista.

El Pakistán adhiere totalmente a la pronta erradicación del apartheid. Estuvimos entre los primeros países que levantaron su voz y participaron plenamente en los esfuerzos de la comunidad internacional para eliminar de Sudáfrica este sistema opresivo. Continuaremos brindando todo el apoyo moral y material a nuestro alcance a los movimientos de liberación en su lucha heroica por la libertad, la

igualdad y la dignidad humanas. Como dijo el Presidente del Pakistán en su mensaje de este año con motivo del Día Internacional de la Solidaridad con los Presos Políticos de Sudáfrica:

"Inspirados por los preceptos del Islam, creemos firmemente que la lucha contra la indignidad y la injusticia librada por la mayoría de la población de Sudáfrica pronto se verá coronada por el éxito y culminará en la realización de sus acariciados ideales de justicia, libertad e igualdad."

Este es el veredicto de la justicia y la historia que cuentan con los blasones de la sangre de los mártires de Sudáfrica.

Resulta imperativo que se impongan sanciones amplias y obligatorias de conformidad con el Capítulo VII de la Carta de las Naciones Unidas. Los esfuerzos graduales no fructificarán. En consecuencia, la delegación del Pakistán apoya plenamente las recomendaciones hechas por el Comité Especial contra el Apartheid en su informe a la Asamblea General.

Sr. MAITHA (Kenya) (interpretación del inglés): Para empezar, permítaseme aprovechar esta oportunidad para dar las gracias al Presidente y a los miembros del Comité Especial contra el Apartheid por su informe tan amplio y bien preparado. Mi delegación desea asociarse y expresar su apoyo a la totalidad de las recomendaciones que ese Comité ha presentado a la Asamblea General.

Al analizar la situación actual de Sudáfrica, documentada en el informe del Comité Especial, observamos que el régimen racista ha intensificado aún más su represión contra los adversarios del apartheid sirviéndose de medidas tales como repetidos estados de emergencia, arrestos, detenciones, tortura, violencia y traslados forzosos de la población, como el que se está produciendo ahora y que afecta a la ciudad de Oukasié, del que informa The New York Times del 3 de noviembre de 1986. Como de costumbre, el régimen ha tomado medidas para impedir que las noticias acerca de la creciente resistencia al apartheid lleguen al mundo exterior.

La Asamblea General, en su cuadragésimo primer período de sesiones, examina una vez más un tema que ha sido examinado reiteradamente en muchos períodos de sesiones. Ha sido examinado también por muchos organismos de esta Organización, que representa a la comunidad internacional, en conferencias y seminarios en todo el mundo. Se ha examinado muchísimas veces, pero no porque faltaran propuestas pacíficas idóneas para la solución del problema, sino simplemente porque el régimen racista de Sudáfrica se ha negado a acatar la voluntad de la comunidad internacional y a aplicar las decisiones y resoluciones de las Naciones Unidas que buscan una solución pacífica del problema planteado por el apartheid. La no cooperación del Gobierno de Sudáfrica con las Naciones Unidas puede causar, como mínimo, terribles trastornos en ese país y en el conjunto del continente africano. Pese a múltiples y repetidos esfuerzos para persuadir al Gobierno de Sudáfrica de que abandone el apartheid, el régimen racista, de forma tenaz y con la mayor arrogancia, ha persistido en aplicar y afianzar aún más el sistema de la discriminación racial. El mecanismo para hacerlo ha sido institucionalizado firmemente y su eficacia, fortalecida por la brutalidad interna y en Namibia, se ha perfeccionado. En el exterior, la intimidación, la desestabilización y la agresión abierta contra Estados africanos vecinos han pasado a ser la política de Estado cada vez más favorecida en defensa del apartheid, en momentos en que la comunidad internacional y las Naciones Unidas hacen fervientes llamamientos a Sudáfrica para que escuche a la opinión pública mundial y las decisiones de las Naciones Unidas.

Las medidas adoptadas constantemente por el régimen racista y la postura adoptada por la comunidad internacional constituyen dos posiciones diametralmente opuestas e irreconciliables. De allí puede deducirse que las posibilidades que se le ofrecen a la comunidad internacional son, o bien que las Naciones Unidas sucumban ante la altanería del régimen racista, o que adopten medidas decisivas para obligar a ese régimen a abandonar sus políticas de apartheid.

Es cierto que el régimen racista no tiene la intención de abandonar el apartheid ni de reconciliarse con la comunidad internacional y con su propio pueblo en Sudáfrica. El régimen, hay que decirlo, ha optado por desafiar las resoluciones de las Naciones Unidas y, dentro del país, por una opresión despiadada y por la represión de todas las voces que se oponen al apartheid. Al mismo tiempo, recurre a trucos y a maniobras destinados a engañar a la comunidad internacional o, por lo menos, a los que aceptan las maniobras del régimen, a fin de que crean que se está llevando a cabo un proceso de cambio.

La represión y la opresión de que es víctima el pueblo negro de Sudáfrica y cuantos se oponen al apartheid son totalmente inhumanas e intolerables, especialmente si se consideran las múltiples leyes represivas y opresivas promulgadas por el régimen racista para asegurarse de que los adversarios del sistema de apartheid sean silenciados perpetuamente en prisiones o a través de los mecanismos de intimidación y terror. De ahí que la comunidad internacional, representada en las Naciones Unidas, no tenga otra alternativa que recurrir a medidas de coacción para asegurar el desmantelamiento del apartheid, cumpliendo así sus obligaciones en virtud de la Carta.

En la actualidad se está creando en Sudáfrica una situación explosiva, que amenaza la paz y la seguridad internacionales, como consecuencia de la existencia del malévolo sistema de apartheid. A lo largo de los años hemos sido testigos de las graves represiones que ha tenido que sufrir el pueblo oprimido de Sudáfrica cada vez que ha pretendido elevar su voz contra el vil sistema de apartheid. Hemos presenciado también ataques agresivos contra los Estados de la línea del frente. No es necesario entrar en demasiados detalles acerca de los incidentes que tuvieron lugar en Sharpeville, Soweto y Crossroads, y que ahora abarcan el conjunto de la región del Africa meridional, que son bien conocidos de la mayoría, por no decir que de todos nosotros. Sin embargo, permítaseme destacar el hecho de que el sistema de apartheid sigue siendo un baldón para la conciencia de todo hombre

civilizado. Viola todos los principios universales de comportamiento y dignidad humanos que las Naciones Unidas han sido autorizadas para codificar y domeñar. Su afrenta a los fundamentos mismos del derecho internacional y de justicia es evidente. Además, los diversos órganos de las Naciones Unidas y los gobiernos de todo el mundo, así como congregaciones y seminarios internacionales, han expresado sin ambages el rechazo internacional del sistema de apartheid. Ahora está muy claro, mucho más que antes, que la comunidad internacional ha rechazado universalmente el sistema de apartheid.

Si el régimen racista hubiese estado dispuesto a escuchar a la opinión pública internacional, habría abandonado ahora la aplicación de su política de apartheid. Pero no es este el caso. Por lo tanto, eso quiere decir que el conjunto de la comunidad internacional debe unirse para destruir el vil monstruo del apartheid, ya que sus arquitectos ni están dispuestos ni son capaces de tomar las medidas necesarias para eliminarlo.

Mi delegación no tiene duda alguna de que existe ahora un consenso en el plano internacional en el sentido de que debe desmantelarse y eliminarse el sistema de apartheid. Pero abrigamos dudas en cuanto a si cada gobierno, especialmente los gobiernos que mantienen relaciones con el régimen racista, desean que este sistema de apartheid se desmantele y elimine. Se han propuesto diversas medidas para acelerar la derogación y la destrucción del apartheid, pero tales medidas han tropezado con la tenaz resistencia del régimen racista ayudado y apoyado por quienes han preferido llegar a una solución de conciliación con el apartheid.

Tenemos que mencionar aquí que incluso el Consejo de Seguridad de nuestra Organización no ha podido llegar a un acuerdo unánime sobre las medidas necesarias para eliminar el apartheid, debido a la resistencia de quienes anteponen sus intereses egoístas a los intereses de la comunidad internacional y a los intereses del pueblo oprimido de Sudáfrica. Queremos reiterar nuestra firme creencia en que existe y debe existir un deber moral por parte de cada país y de cada pueblo, especialmente de los aquí representados, para dejar de lado sus mezquinos intereses en Sudáfrica y hacer el máximo esfuerzo a fin de contribuir a la total destrucción del odioso sistema de apartheid en ese país.

A este respecto, deseo aprovechar esta oportunidad para dirigir un llamamiento a quienes en el pasado se han opuesto a las medidas contra Sudáfrica, para que desistan de su oposición y apoyen el llamamiento internacional a fin de que el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas imponga sanciones globales obligatorias contra el régimen racista de Sudáfrica, en vista de su desafío altanero a la voluntad de la comunidad internacional que quiere que se desmantele, se destruya y se elimine el apartheid. Incluso aquellos que anteriormente optaron por otros métodos en relación con el apartheid, por ejemplo la denominada "participación constructiva", ahora pueden comprobar cuán fútiles eran sus posibilidades. Esperamos y pedimos a todos que nos ayuden en esta medida internacional concertada para la eliminación del apartheid. En su lugar, prevemos la creación de un sistema de gobierno verdaderamente democrático, derivado de elecciones sobre la base de "un hombre, un voto". También prevemos la creación de un sistema político y social no racista en Sudáfrica, una vez que se haya eliminado al apartheid.

Deseo reiterar el hecho de que el régimen racista de Sudáfrica actualmente está tomando diversos tipos de medidas represivas contra cuantos se oponen al apartheid y especialmente contra la población negra de ese país. La reciente declaración del estado de emergencia en los municipios y distritos negros no es más que una de esas medidas. Huelga mencionar la severidad y la barbarie impuestas a la población negra para silenciarla, que ha exacerbado el problema y ha desatado tumultos políticos y violencias sociales que han inflamado al conjunto del país. Esto por sí solo constituye una clara manifestación del rechazo del apartheid y además un reflejo de que la paciencia del pueblo oprimido se ha agotado. Somos conscientes de que en esta guerra de liberación los pueblos oprimidos de Sudáfrica hacen sacrificios supremos y que tales sacrificios proseguirán hasta que el sistema de apartheid sea completamente eliminado. Confiamos en que las Naciones Unidas y, por supuesto, el resto de la comunidad internacional, no se limitarán al papel de espectadores. Lo menos que deberíamos hacer es ayudar a quienes luchan contra el apartheid asegurando que el Consejo de Seguridad tome las medidas recientemente recomendadas por la Conferencia Mundial sobre Sanciones contra la Sudáfrica Racista. Así, la comunidad internacional habrá dado un paso importante para acelerar el cambio inevitable, que es obligatorio que se produzca en Sudáfrica. De parte del pueblo y del Gobierno de Kenya, expresamos que sigue siendo inquebrantable nuestra decisión de seguir manifestando denodadamente nuestra

solidaridad con los pueblos de Sudáfrica y de Namibia en su lucha contra la opresión, la explotación y la negativa al derecho de ejercer su derecho inalienable a la libre determinación, que permanecen vigentes. Por lo tanto, condenamos la estructura del apartheid en su conjunto y pedimos que se levante inmediatamente el estado de emergencia y se deroguen otras medidas opresivas promulgadas por el régimen racista; se libere en forma inmediata e incondicional a Nelson Mandela y a todos los demás presos y detenidos políticos, a fin de que puedan participar plenamente en el proceso político en Sudáfrica; se suprima la proscripción de los movimientos de liberación en el interior y en el exterior de Sudáfrica y se desmantele y erradique en forma inmediata y completa el sistema de apartheid.

Si queremos tener un pronto éxito en esta lucha contra el apartheid, es necesario el verdadero apoyo de cada nación Miembro de las Naciones Unidas. Por lo tanto, deseamos hacer un llamamiento a todos los gobiernos para que apliquen la totalidad de las resoluciones ya aprobadas por la Asamblea General y por el Consejo de Seguridad a propósito de la lucha contra el apartheid. Sudáfrica debe quedar totalmente aislada en todos los ámbitos. Quienes tengan cualesquiera tratos con el régimen racista de Sudáfrica, deben abandonarlos. En especial, nos gustaría que se prosiguiese la retirada de las inversiones extranjeras en Sudáfrica, incluida la derogación de las relaciones económicas y comerciales con Sudáfrica, el embargo del petróleo y de los productos del petróleo, la abstención de todo trato en el aspecto militar y la aplicación de un embargo total de armamentos a Sudáfrica, de conformidad con la resolución 418 (1977) del Consejo de Seguridad sobre el embargo obligatorio de armas, incluido el cese de la colaboración en la transmisión de tecnología sobre armas nucleares a Sudáfrica, y el cese de las actividades culturales y deportivas con ese país. Es decir, queremos que todos acepten verdaderamente las sanciones globales obligatorias contra Sudáfrica, según prevé el Capítulo VII de la Carta de las Naciones Unidas. Consideramos que si esas sanciones se aplican fielmente, constituirán un elemento importantísimo en la lucha que se libra contra el apartheid.

Ya estamos presenciando reacciones importantes en Sudáfrica como consecuencia del incremento de la lucha contra el apartheid, tanto en el interior como en el exterior. En conclusión, a este respecto deseo resaltar el papel de los movimientos de liberación de Sudáfrica por la gallarda manera en que han librado su lucha durante el último año y asegurarles el pleno apoyo del Gobierno y del pueblo de Kenya.

Sr. AZZAROUK (Jamahiriya Arabe Libia) (interpretación del árabe): La comunidad internacional ha juzgado muy adecuadamente al repulsivo sistema de apartheid describiéndolo como un crimen de lesa humanidad. Por el mismo motivo, la comunidad internacional ha descrito muy atinadamente al sionismo como un movimiento racista. El régimen de apartheid se creó y sigue descansando sobre los pilares de la política de discriminación racial impuesta a la población nativa, que es mayoritaria en Sudáfrica, contraviniendo así todas las normas de la dignidad humana. Este régimen persigue una política de opresión y de terrorismo organizado, asesinato, persecución de gente inocente, arrestos y detenciones sin justificación, coacción, expulsiones, agresión, tortura, privación de todo derecho y reiterada imposición del estado de emergencia.

Esta política de discriminación racial se aplica pese a las múltiples resoluciones aprobadas, a las buenas intenciones expresadas y a las voces de protesta de la abrumadora mayoría de la comunidad internacional. El régimen racista hace oídos sordos a los repetidos llamamientos y resoluciones de la comunidad internacional. El régimen de Pretoria hace caso omiso totalmente de los llamamientos de la Conferencia Mundial sobre Sanciones contra la Sudáfrica Racista, celebrada entre el 16 y el 20 de junio de 1986 en París y las resoluciones de la Conferencia Internacional en pro de la independencia inmediata de Namibia, celebrada en Viena del 7 al 11 de julio pasado. También ha hecho caso omiso de las resoluciones aprobadas por la Conferencia Cumbre de los Países no Alineados, celebrada en Harare en septiembre pasado, y las conclusiones a que se llegó en la Conferencia Cumbre de los Países no Alineados realizada en julio pasado. De la misma manera, ha hecho caso omiso de las resoluciones aprobadas en el período extraordinario de sesiones de la Asamblea General celebrado este verano y por la Conferencia que tuvo lugar en septiembre último.

No presta atención a las resoluciones en las que se pide la imposición de sanciones globales y obligatorias contra Sudáfrica. No es extraño que el régimen de apartheid haga caso omiso de todo esto, porque, según se ha declarado,

"Algunos países occidentales, Israel y ciertas empresas multinacionales continúan colaborando con el régimen racista sudafricano. Este hecho alienta a ese régimen a proseguir con su política, la cual, a su vez, obstaculiza los esfuerzos de los pueblos oprimidos y de la comunidad internacional en su conjunto tendientes a erradicar el apartheid, lograr la independencia de Namibia y llevar la paz y la seguridad al Africa meridional."

Aquellos que juegan con cartas marcadas, que condenan oralmente a Sudáfrica mientras que al mismo tiempo respaldan al régimen sudafricano para que pueda sobrevivir; aquellos que invocan el contacto constructivo como un pretexto, mientras al mismo tiempo pretenden que no causan daños a los negros; aquellos que derraman lágrimas de cocodrilo, guiados por ideologías nazis, y proclaman mentiras que, esperan, serán convincentes en último análisis, continúan brindando su apoyo al régimen racista.

La entidad sionista, si ustedes lo prefieren, es el hermano gemelo del régimen de Pretoria. Esa entidad sionista, que domina la Palestina ocupada, es un régimen que se basa en los mismos preceptos que el de Pretoria.

El papel que desempeña el régimen sionista es tan obvio como se ha manifestado:

"La evidente colaboración entre el régimen sionista y el régimen de Pretoria comprende también la esfera nuclear. Israel es el principal proveedor de armas a Sudáfrica, incluso desde que se impuso el embargo sobre el suministro de armamentos. Israel suministra al régimen de Pretoria los conocimientos y todo lo necesario para que este último pueda desarrollar su propia industria de armamentos."

Esto no puede asombrar a nadie porque ambos regímenes son racistas y fueron creados por colonos blancos provenientes del extranjero. Este es el motivo por el cual estos regímenes bastardos son en realidad las dos caras de la misma moneda. Recientemente se declaró:

"Los Ministros tomaron nota con gran preocupación de la creciente cooperación entre los regímenes racistas de Tel Aviv y de Pretoria. Señalaron la semejanza de las medidas represivas, tales como la política de violencia y persecución implacable practicadas por ambos regímenes contra los pueblos de Sudáfrica, Namibia, Palestina, Líbano meridional y los territorios árabes

ocupados por Israel. Los Ministros también hicieron un llamamiento a los Estados para que se abstuvieran de cooperar con los regímenes de Pretoria y de Tel Aviv en la esfera nuclear, ya que esta cooperación constituía una amenaza para la paz y la seguridad internacionales. Recordaron igualmente las resoluciones aprobadas por la Asamblea General de las Naciones Unidas en su cuadragésimo período de sesiones, en las que se afirmó su condena de la colaboración nuclear ininterrumpida entre Israel y Sudáfrica, y se reconocieron las graves consecuencias de la colaboración de Israel con Sudáfrica para desarrollar armas nucleares y sus sistemas de entrega, que amenazaban la paz y la seguridad internacionales." (A/41/341, párr. 109)

En la declaración emitida por la Conferencia Mundial sobre Sanciones contra la Sudáfrica Racista se manifiesta:

"Israel es otro sendero abierto a Sudáfrica por el que puede continuar firmemente debido a los vínculos en la esfera nuclear entre los dos regímenes. No obstante, esto también puede darse vuelta en la dirección opuesta. Por ejemplo, puede hacer posible que las exportaciones de Sudáfrica alcancen los mercados de la Comunidad Económica Europea por intermedio de Israel."

En un documento presentado por el Instituto Internacional de Estocolmo para la Investigación de la Paz, en uno de sus seminarios relativos a la cuestión de la prohibición de los envíos de armamentos a Sudáfrica, se señala lo siguiente:

"Israel constituye un nexo importante en una cadena que conecta a Sudáfrica con el Oriente Medio. Israel ha suministrado a Sudáfrica toda clase de material bélico para la producción de armamentos, mientras que muchos voluntarios han participado, incluso desde 1948, en las guerras que Israel ha librado contra sus vecinos."

En 1985, el primer Ministro de la entidad racista y terrorista, Yitzhak Shamir, declaró lo siguiente, y lo cito del mismo documento que acabo de mencionar:

"Las relaciones entre este país" - si en realidad representaba a alguno -
"y Sudáfrica continuarán desarrollándose aún más."

Luego agregó:

"No modificaremos el carácter de nuestros vínculos con Sudáfrica."

Es imposible describir todos los aspectos de la colaboración entre Pretoria y la entidad racista sionista. Hemos señalado algunos de esos aspectos que muestran el carácter agresivo y racista de ambos monstruos, cuya propia existencia constituye una afrenta para la dignidad humana, a pesar de que nos encontramos

en los umbrales del siglo XXI. Todo esto se produce mientras la comunidad internacional realiza esfuerzos concertados con el propósito de poner término al odioso régimen del apartheid, impuesto por una minoría de colonos blancos a la mayoría africana negra, con el apoyo de un puñado de occidentales que van contra la corriente de la historia y la voluntad de los pueblos.

Los países en los que pensamos han recurrido al veto en el Consejo de Seguridad; incluso han hecho lo mismo en sus propios parlamentos, actuando contra la voluntad de su pueblo, como hemos observado en las últimas semanas.

Ya dijimos que la comunidad internacional está tratando de poner fin a ese régimen abominable. No obstante, debemos observar con pesar el hecho de que la entidad racista sionista está intensificando su colaboración con el régimen de Pretoria, en momentos en que también aumenta la presión internacional.

En un artículo publicado en la revista Business Day, aparecido en 1985, se señala:

"... las importaciones de Sudáfrica procedentes de Israel ... aumentaron un 15% entre enero y mayo de 1985. Las exportaciones de Sudáfrica a Israel ... aumentaron un 53% en el mismo período." (A/41/22/Add.1, párr. 22)

Esto, naturalmente, no comprende al comercio de armas, diamantes y oro, porque si tomáramos en cuenta todo esto, Israel pasaría a ser uno de los asociados comerciales más importantes de Sudáfrica.

Sólo hay una solución pacífica para el problema de la discriminación racial en Sudáfrica: imponerle sanciones globales y obligatorias en virtud del Capítulo VII de la Carta de las Naciones Unidas. Incumbe al Consejo de Seguridad, como órgano de las Naciones Unidas responsable del mantenimiento de la paz y de la seguridad internacionales, cumplir con esa responsabilidad, aprobando las medidas necesarias con miras a la aplicación de sanciones. Los Estados miembros permanentes del Consejo de Seguridad deben dejar de paralizar la voluntad de la comunidad internacional oponiendo su derecho de veto. Esos miembros permanentes deben someterse a la voluntad de la comunidad internacional; de lo contrario, serán considerados como una extensión del régimen de apartheid.

Si continúa esa obstrucción a la voluntad de la comunidad internacional a través del ejercicio del derecho de veto, ella debe cumplir con sus responsabilidades y aumentar su ayuda a la lucha armada de los movimientos de liberación en el Africa meridional.

De manera análoga, la comunidad internacional debe acrecentar su ayuda y su apoyo a los países de la línea del frente, para permitirles afrontar los ataques y las agresiones de la entidad racista y la sionista.

Por último, deseo rendir homenaje al Comité Especial contra el Apartheid, por las informaciones que nos ha suministrado bajo la Presidencia de nuestro colega y amigo, el Embajador Joseph Garba, de Nigeria.

El PRESIDENTE (interpretación del inglés): Varios representantes han solicitado la palabra para ejercer su derecho a contestar. Recuerdo a los Miembros que, de conformidad con la decisión 34/401 de la Asamblea General, las declaraciones en ejercicio del derecho a contestar se limitarán a 10 minutos para la primera intervención y a 5 minutos para la segunda y que los representantes deben formularlas desde sus asientos.

Sr. JOFFE (Israel) (interpretación del inglés): Al continuar el debate sobre el apartheid y la política del Gobierno de Sudáfrica, Israel sigue siendo singularizado por algunos Estados Miembros.

El ejemplo más patente es la declaración de la delegación de la Unión Soviética hecha en el día de hoy. En tanto se pronunciaba el discurso, fue distribuido un ejemplar entre todos los representante en el pleno. En él no se

hacía mención a Israel. Cuando el Sr. Kutovoy llegó a la página 5, dijo que la militarización de Sudáfrica y su potencial nuclear se había tornado posible gracias a "los principales países occidentales", y en el último segundo agregó verbalmente: "junto con Israel". Esto es muy esclarecedor.

Sobre la base del texto escrito de la declaración soviética, cabría haber esperado que la Unión Soviética asignara un enfoque más responsable al problema del apartheid. Cabría haber esperado que este enfoque no hubiera sido el resultado de la ficción sino de los hechos, hechos que la Unión Soviética posee directamente.

Ayer señalamos que las Naciones Unidas publicaron un informe sobre la capacidad de producir armas nucleares. El informe (A/CONF.137/CRP.7) fue distribuido como documento oficial de la Conferencia Mundial sobre Sanciones contra la Sudáfrica Racista, celebrada en París en junio pasado. Uno de los expertos provino de la Unión Soviética: el Sr. Vladimir Kulagin. Como dijimos, algunos países fueron mencionados en el informe, dentro del contexto de la colaboración nuclear con Sudáfrica. Israel no se cuenta entre ellos. El texto oficial del discurso soviético distribuido hoy fue corregido en su versión original. Por lo tanto, no hay base alguna para singularizar a Israel en el campo nuclear, ni en ninguna otra área. Pero, como dice el proverbio, los que viven en casas de cristal no deben arrojar piedras al techo del vecino.

Lamentamos que la Unión Soviética se haya sumado a los que descaradamente hacen uso abusivo de las luchas contra el apartheid para realizar acusaciones infundadas contra mi país. Ayer, mi delegación señaló los enormes despachos de petróleo a Sudáfrica provenientes del Golfo Pérsico, que ascienden a 2.000 millones de dólares anuales. Y esto incluye, por supuesto, los envíos de los Emiratos Arabes Unidos. Dicho sea de paso, el representante de los Emiratos Arabes Unidos esta noche citó una declaración del Ministro de Relaciones Exteriores del Congo, que hiciera en el primer día del período extraordinario de sesiones sobre Namibia equiparando a Israel con la Alemania nazi. Deseo recordarle que el Ministro de Relaciones Exteriores del Congo ofreció oficialmente sus disculpas, diciendo que todo fue un malentendido. El Presidente del Congo confirmó las disculpas de su Canciller e Israel considera que éste es un asunto desafortunado y terminado. Todos estos documentos y declaraciones relevantes son de dominio público. La primera norma de un diplomático experimentado es estar atento y seguir cuidadosamente todo lo que está ocurriendo en nuestra Asamblea General.

Ahora, volviendo a los verdaderos vínculos comerciales de Sudáfrica, nosotros no mencionamos, sin embargo, a otro país que mantiene un comercio sustancial con Sudáfrica: la Unión Soviética. Las relaciones comerciales entre la Unión Soviética y Sudáfrica también han sido excusadas por el silencio. Durante más de 20 años, estos dos países han realizado un comercio sumamente lucrativo en el mercado de diamantes, de oro y de platino. Para esta colusión entre ellos existe una razón muy simple: Sudáfrica y la Unión Soviética controlan más del 80% del oro, de los diamantes y del platino del mundo y tienen un interés común en mantener los precios de estos productos básicos lo más alto posible.

La publicación en el Africa Report, de abril de 1986, describe cómo en 1956 se firmó un acuerdo secreto entre los representantes soviéticos y De Beers, que garantizaba la compra de toda la producción soviética de diamantes de calidad. En 1978, De Beers dijo que había pagado a la URSS unos 700 millones de dólares anuales y un funcionario soviético se vanaglorió de que el mercado de diamantes pertenecía al "departamento de cambio exterior de su país". De Beers también dijo que la única razón para encubrir este trato fue que Rusia lo prefirió así.

Pero, más adelante, la publicación del Africa Report destaca que la colusión entre Sudáfrica y la Unión Soviética no se limita a los diamantes. Esa colaboración se estableció rápidamente también para el oro y el platino.

Como dijimos ayer, la tergiversación y la individualización no tienen lugar en ninguna parte, especialmente en una lucha cuya nobleza inherente y solidez moral merecen el mayor respeto.

Una vez más exhortamos a actuar con objetividad y responsabilidad. No hay lugar ni base para una resolución que supuestamente trata de las relaciones entre Israel y Sudáfrica. El lunes los países con espíritu de justicia deben votar contra ese proyecto de resolución y contra toda otra forma de calificación e individualización.

El PRESIDENTE (interpretación del inglés): El Observador de la Organización de Liberación de Palestina (OLP) ha pedido la palabra para formular una declaración, como respuesta. Le doy la palabra de conformidad con la resolución 3237 (XXIX) de la Asamblea General, del 22 de noviembre de 1974.

Sr. TERZI (Organización de Liberación de Palestina) (interpretación del inglés): La Organización de Liberación de Palestina se ha abstenido de hablar en el debate por deferencia a los discursos que harían los movimientos de liberación nacional del territorio que se encuentra bajo ocupación extranjera por el régimen racista de Sudáfrica. Sin embargo, hemos pedido la palabra para rectificar algunos errores que se han cometido aquí.

El representante de Tel Aviv se ha dirigido a esta Asamblea y ha dicho:

"Nuestro comercio con Sudáfrica es minúsculo, pues llega anualmente a unos 100 millones de dólares ..." (A/41/PV.59, pág. 72)

Me pregunto si espera que la Asamblea General crea lo que nos ha manifestado, porque el 5 de agosto de 1986 el The Washington Post publicó los siguientes datos sobre las exportaciones israelíes:

"Diamantes: 1.200 millones de dólares; textiles, 450 millones de dólares; hierro, 358 millones de dólares; frutas: 245 millones de dólares. Esto llega a un total de 2.252 millones de dólares por año."

Lo que me interesa mucho mostrar aquí es que la exportación de diamantes llega a la cifra de 1.200 millones de dólares. No obstante soy palestino y jamás supe que en Palestina tuviéramos diamantes para exportar por una cifra de 1.200 millones de dólares por año. Y esto no aparece en los 100 millones de dólares que mencionó el representante israelí.

Entonces, ¿de dónde saca Israel esos diamantes? Sabemos que los roban de Namibia, que los llevan a Tel Aviv o Natanye, que los pulen y luego los venden en los mercados internacionales. Es propiedad robada al pueblo namibiano y por supuesto no lo muestran en los libros. Se trata de un aspecto que realmente queríamos que registrara la Asamblea General con respecto a las relaciones económicas entre los dos regímenes, que asciende a 1.200 millones de dólares y no a 100 millones de dólares.

Nuevamente, la cooperación económica entre los dos regímenes racistas quedó ilustrada muy bien cuando el 12 de agosto de este año una delegación comercial israelí visitó Sudáfrica e informó que Pretoria estaba tratando de lograr una vía de aprovisionamiento económico para eludir las sanciones occidentales contra el apartheid.

El representante de Israel habló de una vía de aprovisionamiento para Sudáfrica, pero aparentemente la verdadera vía la constituyen las relaciones económicas entre Sudáfrica e Israel. Todos sabemos que la visita de esa delegación comercial israelí tuvo por objeto eludir las sanciones occidentales contra el apartheid y volver ineficaces todas las sanciones que impusiera el mundo occidental y el mundo en general contra el régimen racista.

Un diario de Sudáfrica calificó al Estado judío - y se trata de una cita, porque no es un Estado judío sino una estructura sionista - de "vía potencial de aprovisionamiento para eludir las sanciones contra Sudáfrica; y es una maniobra para anular las sanciones".

Si hubiera que referirse a las relaciones entre los regímenes racistas de Pretoria y Tel Aviv, hay que tener presente siempre que, en abril de 1985, los Estados Unidos e Israel suscribieron un acuerdo de libre comercio según el cual se crearían oportunidades para la reexportación a los Estados Unidos, libre de aranceles, de productos sudafricanos siempre que tuvieran un 35% de valor agregado en Israel. De modo que no solamente roban al pueblo sudafricano, y particularmente en el sector de los diamantes y otras cosas, sino que quieren obtener un 35% de intereses sobre esa propiedad robada.

Además, existe una asociación entre Sudáfrica e Israel, que se formó para operar fuera de lo que se denomina la esfera de la defensa. Nadie parece saber cuál es esa asociación en materia de defensa. Pero en los otros campos, esa

asociación consiste en establecer, para el Departamento de Correos y Telecomunicaciones de Sudáfrica, un proyecto a fin de desarrollar un concentrador electrónico y un servicio complementario de línea directa que ayudará a la tarea subversiva internacional de ambos regímenes racistas.

Pero más grave es que existe un proyecto para establecer un centro sudafricano de procesamiento de material láser. Esto es muy serio, pues todos sabemos lo que significa el desarrollo del láser en la esfera militar, así como en otras esferas. Estamos informados de que existe un proyecto, que se está investigando conjuntamente, para desarrollar un avión sin piloto. Pero permítaseme decir lo siguiente: el régimen racista de Tel Aviv trató de atraer a jóvenes e intelectuales de Sudáfrica al amparo de los sindicatos, los sindicatos histradut. Los resultados son los siguientes, y los voy a tomar de lo que dicen los sudafricanos, particularmente el cofundador del Comité de Soweto, Presidente del Comité de Acción de los Docentes, cuando afirma:

"El Gobierno sudafricano dice que Israel está de su lado. Así que muchos negros creen que Israel no puede estar al mismo tiempo con la comunidad negra. Pero Israel está entre los países que venden armas a Sudáfrica, que mata a los negros con ellas, incluidos niños de tres años de edad."

No creo que tenga que seguir mucho tiempo más exponiendo la relación entre los dos regímenes racistas y sobre la amenaza que constituye para el mundo civilizado y para la paz y la seguridad internacionales.

Sr. LEVCHENKO (Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas) (interpretación del ruso): Creo que es necesario que ejerza mi derecho de respuesta con relación a las afirmaciones del representante de Israel relativas a los supuestos vínculos económicos entre la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas y Sudáfrica.

No voy a explayarme citando datos porque la cuestión, como tal, ni siquiera existe. Es bien sabido que la Unión Soviética, en 1956, rompió relaciones diplomáticas con Sudáfrica, y al comienzo del decenio de 1960 o sea, antes de las muy conocidas decisiones de las Naciones Unidas, adoptó medidas con respecto al comercio, las relaciones económicas, la cultura, los deportes y otros tipos de vínculos. En otras palabras, en la práctica la URSS ha impuesto en forma consecuyente y sin excepciones un boicot contra el Gobierno sudafricano así como las sanciones a cuya adopción se oponen tenazmente ciertos países occidentales - incluyendo a Israel - y sus asociados: el grupo de contacto.

Merece atención el otro aspecto de la cuestión. ¿Cuál es el objetivo que se persigue en este caso con las afirmaciones falsas con respecto a los vínculos entre la Unión Soviética y Sudáfrica? ¿Por qué formulan esas acusaciones quienes están haciendo todo lo posible para fortalecer a los racistas? Es evidente que se trata de un intento más de utilizar todos los medios posibles para desacreditar la política honesta de la Unión Soviética, así como de otros países, que se esfuerzan activamente por erradicar el racismo y el colonialismo. Son intentos que realizan para injerirse en los asuntos de otros pueblos y distraer la atención de la política actual de apoyo sistemático que llevan a cabo esos países - entre los que se incluye a Israel - y de la ayuda que prestan al régimen racista de Pretoria en sus actos criminales. Las Naciones Unidas y otros organismos internacionales resaben cuáles son las relaciones de Israel con el régimen racista sudafricano. De cualquier forma, la delegación de Israel no debería pretender dar lecciones de moral a otros países sobre cómo cumplir y acatar los llamamientos de las Naciones Unidas de oponerse al régimen de Sudáfrica.

Se levanta la sesión a las 19.50 horas.